

La primera mitad del siglo XX

Entre la primera y la segunda guerra
sino-japonesa

David Martínez-Robles
Albert Sasot Mateus
Carles Brasó Broggi

PID_00197507



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundación para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

Introducción.....	5
Objetivos.....	7
1. Las zozobras de una república en China.....	9
1.1. Yuan Shikai: de presidente a último emperador	9
1.2. El Movimiento para la Nueva Cultura	11
1.3. Guerras y caos	17
1.4. Rivalidades entre el Kuomintang y el Partido Comunista de China	21
2. La guerra contra Japón.....	27
3. La consolidación de una gran potencia: Japón, 1894-1930.....	33
3.1. El despertar del imperialismo japonés	33
3.1.1. La pugna por Corea	34
3.1.2. Seguridad, desarrollo y orgullo	38
3.1.3. La redefinición del orden internacional	39
3.2. Un país al servicio de una causa: evolución socioeconómica, 1890-1930	42
3.2.1. El peso del mundo rural	42
3.2.2. Una industrialización dual	45
3.2.3. La difícil búsqueda de la cohesión social	48
3.3. El aumento de la tensión política	51
3.3.1. Las directrices de la oligarquía	51
3.3.2. La preeminencia de los partidos	53
4. Autoritarismo y belicismo, 1930-1945.....	56
4.1. El fin de la supremacía de los partidos	56
4.2. Nacionalismo y estatalismo militar	58
4.3. El estallido de Asia oriental	61
4.3.1. China, 1937: se inicia el conflicto	61
4.3.2. La guerra del Pacífico, 1941-1945	64
Bibliografía.....	69

Introducción

La primera mitad del siglo xx representa un momento de transformaciones y procesos traumáticos en Asia oriental. Estos cincuenta años están trufados por revoluciones y guerras: intestinas, con países de fuera de la región, entre países asiáticos, de carácter mundial, etc. El continente asiático vivirá el declive del imperialismo del siglo xix europeo con el estallido de la Primera Guerra Mundial y el debilitamiento de los imperios que antes habían dominado la escena internacional. Después del conflicto, tres nuevas grandes potencias emergerán en sustitución de las anteriores y harán notar su presencia en todo el continente: la Unión Soviética, Estados Unidos y Japón. Esta transformación creará grandes expectativas a la población asiática, que había vivido dominada por el yugo del colonialismo europeo, puesto que verá cómo el fin de la Primera Guerra Mundial abre la puerta a las independencias nacionales y al derrocamiento de regímenes autoritarios que se habían mantenido durante siglos. Así pues, la primera mitad del siglo xx también es un periodo de cambios radicales en el mundo de las ideas. El nacionalismo moderno, el socialismo, el comunismo, el liberalismo, el fascismo, el republicanismo y el pacifismo conforman los nuevos "ismos" que se abrirán camino entre las élites intelectuales de todo el mundo y prefigurarán un nuevo panorama ideológico, que estará detrás de las grandes revoluciones, pero también de las guerras que se producirán durante este periodo.

China consigue en la primera década del siglo poner fin al sistema imperial e iniciar una revolución política poco planificada: la república que hereda el poder de la última dinastía también hereda sus problemas. Las ansias monárquicas de algunos líderes militares conducen a un periodo de fragmentación territorial en el que el Estado se ve terriblemente debilitado, al tiempo que las humillaciones de las potencias occidentales no han cesado con el fin del imperio. Aun así, se trata de un momento de extraordinarias inquietudes intelectuales y de renovación cultural, que permiten una mayor sensibilización ante las ideas políticas que alcanzan a China desde el exterior, entre ellas el marxismo y el anarquismo. A partir de la década de 1920, el poder político en China vivirá dicotomizado entre dos bandos que mantendrán una relación de creciente confrontación, el Partido Nacionalista (Kuomintang) y el Partido Comunista de China hasta el punto que, a finales de esa década, se sembrarán las semillas de una guerra civil que sólo quedará truncada con la llegada de una nueva amenaza exterior: la expansión japonesa primero en Manchuria, con la instauración de un Estado títere en la región y la invasión posterior de las regiones de la costa china por parte de los ejércitos nipones, preámbulo de una Segunda Guerra Mundial que tendrá efectos devastadores en Asia oriental.

Por su parte, tras una dura pugna consigo mismo y con las fuerzas que lo amenazaban desde el exterior, Japón supo situarse, a la entrada del siglo xx, al mismo nivel que aquellos que le habían humillado unas pocas décadas antes. La imagen de anquilosamiento que desprendía el gobierno de los Tokugawa había mutado en una era de ilustración y progreso que empujó la economía del país hacia los niveles de los países más avanzados. Y, sin embargo, unos años después, tras una guerra devastadora, el país estuvo a punto de volver a la "Edad Oscura", en palabras del general estadounidense que dirigió los bombardeos estratégicos sobre las islas en 1945. Como veremos a lo largo de este capítulo, al periodo de crecimiento económico acelerado le sucedió una etapa crítica, en la que el liberalismo hizo gala de estar poco asentado en beneficio de un nacionalismo tradicionalista animado por la propaganda de esplendor imperial, un nacionalismo mimado, alimentado y alentado para estabilizar a una comunidad sometida a la vorágine desgarradora de la industrialización pero que pronto derivó hacia posiciones autoritarias y militaristas. El periodo Taishō (gran rectitud, 1912-1926) hizo un muy limitado honor a su nombre, lastrado simbólicamente desde el principio por la precaria salud del depositario del trono. El emperador Shōwa (paz ilustrada, 1926-1989), que le sucedió en 1926, no sólo no consiguió que el pueblo japonés abrazara el sueño de una gran fraternidad mundial sino que vio como se abocaba a un belicismo extremo cuyo resultado sería únicamente una cosecha de muerte y destrucción y la ocupación por el enemigo.

Edad Oscura

A. Coox (1988). "The Pacific War". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 381). Cambridge: Cambridge University Press.

Objetivos

Los objetivos de este módulo son:

- 1.** Conocer los acontecimientos más destacados de la historia diacrónica de China y Japón a lo largo del siglo xx.
- 2.** Comprender las transformaciones políticas, económicas y sociales que tienen lugar en Japón y China a lo largo de la primera mitad del siglo xx.
- 3.** Conocer las principales tendencias intelectuales que intervienen en la transformación cultural, social y política de China y Japón a lo largo de la primera mitad del siglo xx.
- 4.** Entender las claves de la emergencia de Japón tras los problemas experimentados en el siglo XIX, así como las causas de la diferente evolución de China en el mismo periodo.
- 5.** Comprender los orígenes del expansionismo imperial japonés que culminan en su participación en la Segunda Guerra Mundial, así como las causas de que China quedase implicada en el conflicto.
- 6.** Comprender el papel de China y Japón en la historia mundial del periodo estudiado en este módulo.

1. Las zozobras de una república en China

Con la proclamación de la república en diciembre de 1911 debía comenzar una nueva era para China. Apenas unas décadas antes habría sido imposible pre-sagiar el fin del sistema imperial, una institución que había definido el desarrollo histórico de la región durante más de dos milenios. Nacía la nueva China y, por primera vez en la historia, China adoptaba este nombre para denominarse a sí misma. Sin embargo, los problemas que afectaban internamente al país y su posición de debilidad en el sistema de relaciones internacionales tambalearon los cimientos de la nueva república, cuyos primeros años de vida fueron un augurio del futuro que le esperaba al país durante la primera mitad del siglo xx.

1.1. Yuan Shikai: de presidente a último emperador

La abdicación de Sun Yat-sen y la proclamación de Yuan Shikai como presidente tenía que ser el primer paso del proceso de implantación de la república, puesto que así quedarían unificadas las provincias rebeldes del sur con las que se mantenían leales al emperador en el norte del país. Con la abdicación del emperador Puyi en febrero de 1912 (forzada por el general Yuan Shikai), Sun Yat-sen dejó el Gobierno a manos del general con la esperanza de que se llegaría a un equilibrio entre el ejército y los líderes de la revolución. Sun Yat-sen pasaría a ocupar la cartera de "ministro de ferrocarriles". Una de las principales tareas del nuevo Gobierno consistió en elaborar y aprobar la primera constitución de China. La Constitución de 1912 otorgaba a Yuan Shikai un poder considerable, a pesar de que éste era compartido con un primer ministro. Además, la carta magna igualmente establecía que aquel mismo año se debían celebrar las primeras elecciones que debían configurar un parlamento y, al año siguiente, unos nuevos comicios para renovar las asambleas provinciales. De manera inmediata, la revolucionaria Liga de la Alianza Unida –Tongmenhui– de Sun Yat-sen se reorganizó como partido político con el fin de poder presentarse a estas elecciones y así dio nacimiento al Kuomintang o Partido Nacionalista, entidad política cuyo nombre quedaría indefectiblemente ligado al de la República de China. Pero no fue ni mucho menos el único partido que nació en aquel momento, ya que muchos otros aparecieron para representar todo el espectro de figuras políticas que convivían en la China de inicios de siglo xx, desde antiguos funcionarios hasta activistas, exiliados o revolucionarios.

A pesar de los varios centenares de partidos que tomaron parte en las elecciones, el Kuomintang resultó el gran vencedor de los comicios, en los que participaron cerca de cuarenta millones de electores. Había protagonizado una buena campaña y contaba además con el apoyo de algunos gobernadores militares del sur. Pero la amplia victoria del Kuomintang fue percibida por Yuan Shikai como una amenaza. Cuando meses después fue asesinado uno de los

Bibliografía

- Sobre este subapartado, ved:
- E. Young** (1977). *The Presidency of Yuan Shih-k'ai: Liberalism and Dictatorship in Early Republican China*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- G. Yu** (1966). *Party Politics in Republican China: The Kuomintang, 1912-1924*. Berkeley: University of California Press.
- J. Fincher** (1981). *Chinese Democracy: The Self-Government Movement in Local, Provincial and National Politics, 1905-1914*. Nueva York: St. Martin's Press.

principales dirigentes del Kuomintang, todas las sospechas apuntaron a Yuan. Además, las primeras acciones de Yuan Shikai provocaron más tensiones. Acuciado por la falta de recursos, Yuan solicitó un préstamo a las principales potencias occidentales, lo que redundó en una mayor dependencia financiera y en el aumento de la influencia económica de los países extranjeros en China. Siguiendo con la política de puertas abiertas, los países occidentales se declararon neutrales a la revolución, pero tenían toda la marina de guerra esperando en las costas por si había algún problema con los intereses extranjeros o por si se producía un estallido de violencia xenófoba, como había pasado con los bóxers. Igualmente, el gobierno republicano se vio obligado a reconocer la autonomía de Mongolia Exterior y del Tíbet, condición que habían impuesto respectivamente Rusia y la Gran Bretaña para reconocer oficialmente el régimen de Yuan. De este modo, la debilidad del Gobierno de Yuan era visible no sólo dentro de la República, sino también en el contexto internacional.

Ante estos hechos, que se basaban en decisiones personales del presidente que no habían sido previamente autorizadas por el Parlamento, el Kuomintang intentó inhabilitar a Yuan. La respuesta de éste fue inmediata y contundente: destituyó a los gobernadores de diversas provincias del sudeste en los que se apoyaba buena parte del poder del Kuomintang en el país y los sustituyó por figuras de su confianza. Este hecho significó el inicio de una nueva revolución, de consecuencias trascendentales para la República. Después del asesinato del ganador de las elecciones, el político nacionalista Song Jiaoren, por sicarios de Yuan, se produjo un periodo de violencia y de purgas en contra de los políticos nacionalistas. Por otro lado, los revolucionarios nacionalistas que se habían hecho fuertes en las ciudades, como Shanghai o Hankou, se levantaron en contra del dictador. Tras tres meses de enfrentamientos armados, la resistencia del Kuomintang fue aplastada y Sun Yat-sen, el gran líder revolucionario que había vivido largos periodos en el exilio, tuvo que huir nuevamente al Japón.

Yuan intentó acabar con todo lo que pudiera desafiar su poder y así dio inicio a una auténtica dictadura, a pesar de que el poder de algunos gobernadores militares y de las principales fortunas del país representó un obstáculo a la hora de desplegar sus planes. Yuan Shikai exigió al Parlamento que lo escogiera presidente permanente a finales de 1913; poco después, ya en 1914, disolvió el Parlamento y prohibió el Kuomintang y las asambleas provinciales. En el ámbito educativo tomó una decisión hartamente significativa y que dejaba claro la deriva que tomaba su gobierno personal: reintrodujo los clásicos confucianos como materia de estudio obligatorio, tal como había sido la norma hasta 1912. Finalmente, en un intento de prestigiar su figura y de afianzar la unidad nacional, en 1915 emprendió una campaña para restaurar la monarquía, que culminó en su proclamación como emperador en diciembre de aquel mismo año. Pero su entronización, oficialmente el 1 de enero de 1916, chocaba con las ideas e intereses del momento. Las provincias del sur se rebelaron y se declararon independientes, a la vez que Sun Yat-sen y el nuevo partido revolucionario que había constituido en Japón intentaban organizar revueltas en la

provincia de Shandong. Pero los estrechos vínculos de Sun con Japón fueron un lastre demasiado pesado y, como había ocurrido en 1911, la nueva revolución para derrocar la monarquía tuvo su foco en el sur y lejos de Sun Yat-sen.

El nuevo monarca se vio presionado por la situación y tuvo que abandonar sus proyectos imperiales, sólo después de tres meses desde su proclamación. Finalmente, en junio de 1916, Yuan Shikai murió repentinamente, pero sus acciones habían herido mortalmente a la República: su marcado conservadurismo político e ideológico, su absoluta falta de convicciones constitucionalistas, la persecución de sus adversarios políticos, la manipulación a la que sometió el Parlamento y el uso político de la educación, entre otros. A partir de 1916, la posición del Parlamento y del Gobierno será de una debilidad extrema, lo que los incapacitará para poner freno a las ansias de los señores militares que surgieron en esa situación.

1.2. El Movimiento para la Nueva Cultura

Pero el futuro de China y su joven República no estaba sujeto únicamente a los acontecimientos que ocurrían dentro de sus fronteras. A pesar de la lejanía del conflicto que esos mismos años se estaba desarrollando en Europa, la Primera Guerra Mundial tendría importantes repercusiones en Asia oriental. En 1902, Japón había firmado una alianza estratégica con la Gran Bretaña, en virtud de la cual decidió en 1914 ofrecer su apoyo a los ingleses en su lucha contra Alemania. La Gran Bretaña se mostró cauta, ya que la intervención japonesa en la guerra podía suponer el ataque japonés a los intereses alemanes en China (emplazados principalmente en la provincia de Shandong) y extender, por lo tanto, su influencia en el mar de China, lo que amenazaba de este modo la supremacía británica en la región. Pero antes de que las cautelas del gobierno de Londres se materializaran en medidas concretas, Japón atacó finalmente los territorios controlados por los alemanes y, a pesar de la tímida resistencia de China, se apropió de la ciudad portuaria de Qingdao y del ferrocarril de Shandong, construido hacía algunos años por los alemanes.

Meses después, en enero de 1915, Tokio realizó un nuevo avance en su proyecto de convertir a China en un auténtico feudo japonés cuando propuso a Yuan Shikai que aceptase lo que se conoce como las "veintiuna demandas". Éstas no sólo se limitaban a asegurar los intereses que Japón ya poseía en China, especialmente en Manchuria, y a ampliarlos a los antiguos territorios alemanes, sino que además pretendía situar a Japón por delante de cualquier otra potencia extranjera dentro de la esfera económica y territorial de China, lo que amenazaba directamente la soberanía del Gobierno chino en áreas que hasta entonces había mantenido bajo su control.

Las veintiuna demandas (1915)

El Gobierno japonés y el Gobierno chino, deseosos de mantener la paz general en Asia oriental y estrechar las relaciones amistosas y de vecindad que existen entre las dos naciones, acuerdan los siguientes artículos:

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

J. Spence (1981). *The Gate of Heavenly Peace: the Chinese and their Revolution, 1895-1980*. Londres: Faber and Faber.

V. Schwarcz (1986). *The Chinese Enlightenment: Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*. Berkeley: University of California Press.

A. Dirlik (1989). *The origins of Chinese Communism*. Oxford: Oxford University Press.

L. Bianco (1999). *Los orígenes de la revolución china*. Barcelona: Bellaterra.

Art. I.1. El Gobierno chino concede su total beneplácito a todo lo que el Gobierno japonés pueda acordar con el Gobierno alemán con relación a la cesión de todos los derechos, intereses y concesiones que, en virtud de los tratados, posee Alemania en la provincia de Shandong.

Art. I.2. El Gobierno chino acepta que en la provincia de Shandong y en toda su costa no se ceda ni se arriende ningún territorio o isla a una tercera nación bajo ningún pretexto.

[...]

Art. II.1. Las dos partes acuerdan mutuamente que el plazo de cesión de Port-Arthur y Dalny [en la costa de la región de Manchuria] y del ferrocarril de Manchuria del Sur y del ferrocarril Andong-Mukden se amplíe hasta un periodo de 99 años.

Art. II.2. Los ciudadanos japoneses del sur de Manchuria y del este de Mongolia Interior tendrán el derecho de arrendar o poseer tierras tanto para edificar construcciones para el comercio o la fabricación, como para cultivar.

Art. II.3. Los ciudadanos japoneses tendrán libertad plena para residir y viajar en el sur de Manchuria y el este de Mongolia Interior, así como dedicarse a la fabricación o el comercio del tipo que sea.

[...]

Art. II.6. El Gobierno chino accede a que si el Gobierno chino desea contratar a consejeros o instructores políticos, financieros o militares en el sur de Manchuria y el este de Mongolia Interior, el Gobierno japonés será previamente consultado.

[...]

Art. IV. Con el objetivo de preservar la integridad territorial de China, el Gobierno japonés y el Gobierno chino acuerdan el siguiente artículo especial: el Gobierno chino accede a no ceder a una tercera nación cualquier puerto, bahía o isla de su costa.

Art. V.1. El Gobierno central chino deberá emplear como consejeros en asuntos políticos, económicos y militares a japoneses influyentes.

Art. V.2. Se garantiza a los hospitales, iglesias y escuelas japonesas del interior de China el derecho a poseer tierras.

Art. V.3. En tanto que los gobiernos japonés y chino han mantenido diversas disputas originadas entre la policía japonesa y china que han causado no pocos malentendidos, los departamentos de policía de enclaves destacados de China deberán ser administrados conjuntamente por chinos y japoneses o, en caso de no ser así, los departamentos de policía de esos lugares deberán emplear a numerosos japoneses, con lo que al mismo tiempo contribuirán a los planes de mejora del servicio de policía chino.

Art. V.4. China deberá adquirir de Japón una cantidad fija de municiones de guerra (aproximadamente el 50% o más de lo que el Gobierno chino requiere), o en su defecto se fundará en China un arsenal conjunto sino-japonés. Se contratará a técnicos japoneses expertos y se adquirirán materiales japoneses.

[...]

Art. V.6. Si China necesita capital extranjero para explotar las minas, construir ferrocarriles o realizar trabajos de construcción de puertos (incluyendo muelles) en la provincia de Fujian, Japón deberá ser previamente consultado."

Citado en: J. Spence (ed.) (1999). *The Search for Modern China. A Documentary Collection* (pág. 217-220). Nueva York: Norton.

Inicialmente, Yuan Shikai no dio una respuesta clara ante estas veintiuna demandas. De hecho, en caso de haber sido puestas en práctica en su totalidad, el Gobierno chino se habría convertido en un títere del Japón. Las exigencias a que ninguna otra potencia pudiese extender su influencia en territorio chino, la creación de una fuerza conjunta sino-japonesa y la obligación de China de adquirir armas japonesas y contratar asesores militares levantaron las protestas de las potencias occidentales, especialmente de la Gran Bretaña y los Estados

Unidos. Sin embargo, después de la demostración de la guerra sino-rusa de 1905, ninguno de estos países estaba dispuesto a enemistarse con Japón, por lo que no tomaron medida alguna. Finalmente, desprovisto de apoyos decididos en el contexto internacional, en mayo de 1915, Yuan Shikai firmó las veintinueve demandas japonesas. La reacción en China fue inmediata y enérgica. Al día siguiente se produjeron manifestaciones antijaponesas en todas las grandes ciudades de China y se iniciaron boicots contra los productos e intereses nipones. Fue el prelude de los movimientos de masas que tendrían lugar en los años siguientes.

El final de la Primera Guerra Mundial sólo sirvió para rubricar la situación. Antes de su repentina muerte, Yuan Shikai había ofrecido a los aliados la declaración china de guerra a Alemania, como un movimiento estratégico para frenar las acciones de Japón. Tras el fallecimiento de Yuan, su sucesor, el general Duan Qirui, declaró efectivamente la guerra a Alemania en 1917, a pesar de la oposición del Kuomintang que, encabezado por Sun Yat-sen, abandonó Beijing e intentó organizar un gobierno en el sur. China no envió tropas a Europa, pero unos 150.000 trabajadores chinos se desplazaron a Francia como mano de obra en las fábricas que alimentaban los intereses aliados. Sin embargo, a pesar de que la implicación y contribución china en la guerra fue mayor que la japonesa, el Tratado de Versalles de 1919 que puso punto final al conflicto fue contrario a los intereses chinos. Según establecían los artículos 156, 157 y 158, los intereses alemanes en la península de Shandong pasaban a estar bajo control formal y legal del Gobierno japonés. Cuando el 4 de mayo se conoció en China que el Tratado preveía que los aliados cediesen los derechos alemanes en Shandong a Japón, en las principales capitales de provincia se organizaron manifestaciones que reunieron a miles de estudiantes enojados no sólo por la actitud de las potencias occidentales sino especialmente por la incapacidad del Gobierno de Beijing de hacer valer sus intereses.

El fin de la Primera Guerra Mundial había despertado grandes expectativas en los países que vivían sometidos a la dominación extranjera. El presidente norteamericano Woodrow Wilson había proclamado los famosos 14 puntos, en los que se afirmaba el derecho de los pueblos a la autodeterminación, y al mismo tiempo, el líder comunista Lenin había escrito un libro llamado *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, una crítica demoledora al imperialismo europeo, que tuvo mucha repercusión entre los intelectuales de todo el mundo. Los dos principales líderes que salían reforzados del conflicto y que representaban las potencias emergentes del momento tuvieron un gran impacto en los movimientos nacionalistas que se desarrollaron en el continente asiático. Y el hecho de que las ansias de emancipación de estos países no se pudieran satisfacer generó una oleada de resentimiento que incrementó la violencia y la tensión internacional durante el periodo de entreguerras.

El primer paso lo dieron los representantes estudiantiles de las universidades de Beijing, que aquel mismo día convocaron una manifestación en la plaza de Tiananmen. Se daba así inicio a un movimiento cultural, social y político que

Lectura recomendada

Erez Manela (2007). *The Wilsonian moment. Self-determination and the international origins of a anticolonial nationalism*. Nueva York: Oxford University Press.

definiría el devenir histórico de China durante las próximas décadas. Durante los días posteriores los estudiantes y los trabajadores que se unieron a ellos atacaron las residencias y oficinas de los ministros y funcionarios que habían sido favorables a los intereses japoneses y se organizó un boicot de comerciantes y trabajadores, lo que dotó de este modo al incipiente nacionalismo chino de un nuevo carácter. Fruto de estas presiones, los representantes chinos en la Conferencia de París –objeto de duras críticas y ataques– finalmente no firmaron el acuerdo de paz. La participación activa y decisiva de los estudiantes se convertiría en un exponente reiterado en algunos acontecimientos fundamentales que se producirían a lo largo del siglo xx.

El Tratado de Versalles desencadenó una de las reacciones más importantes del mundo intelectual chino del siglo xx. El Movimiento del Cuatro de Mayo transformó el rostro de China, no sólo reivindicando un cambio en la posición política de China en el mundo, sino especialmente redefiniendo las bases culturales y sociales que China adoptaría a partir de entonces. Pero el Movimiento del Cuatro de Mayo se había iniciado ya antes de esa fecha.

En 1915 se comenzó a publicar en Beijing la revista *Nueva Juventud* (*Xin Qingnian*), editada por Chen Duxiu (1879-1942), un joven intelectual que había estudiado durante años en Japón y de regreso a China había sido testigo directo de la revolución de 1911. La revista transgredía la cosmovisión y la moral tradicionales y proponía una transformación cultural radical como único camino para la salvación de China. En sus artículos, Chen criticaba abiertamente los valores y las creencias confucianas, especialmente el sistema familiar y la posición que la mujer ocupaba en el mismo, y proponía unas nuevas bases culturales para la transformación de China. Éstas debían partir de hecho de las ideas políticas y sociales llegadas desde Occidente y de la ciencia y la técnica que las hacía posibles.

A diferencia de los movimientos de modernización de finales del siglo xix y la primera década del xx, que apostaban por la adopción de la ciencia occidental y el mantenimiento de la esencia cultural china, la definición canónica del Movimiento para la Nueva Cultura –nombre con el que se conoce de manera más amplia al Cuatro de Mayo– lo describe como una propuesta de modernización occidentalizadora, que ataca directamente las bases de la cultura tradicional china, a pesar de ser también muy crítico precisamente con las acciones de las potencias occidentales.

Una de las reformas que impulsaron los intelectuales del Movimiento de la Nueva Cultura se refería a la lengua. Hu Shi (1891-1962) propuso una reforma radical de la lengua, que tenía que abandonar el *wenyan*, la lengua literaria –una lengua que sólo existía en los textos clásicos y que por lo tanto no poseía hablantes, a pesar de ser la lengua de la cultura–, por el *baihua*, la lengua vernácula, como única vía para liberarse del peso de la tradición confuciana. Otro de los grandes referentes del Movimiento para la Nueva Cultura fue Lu Xun (1881-1936), uno de los más destacados literatos de la China del siglo xx, que

consideraba que para modernizar la sociedad antes había que transformar la mentalidad de las personas. Con este objetivo creará una obra literaria compleja y contundente que se convertirá durante la década de 1920 en uno de los principales escenarios de denuncia de los problemas de la moral tradicional china. Su célebre prólogo a la primera edición de su recopilación de relatos *Grito de combate* (*Nahan*) es un resumen de las ideas que subyacían en la obra de muchos de los intelectuales del Movimiento para la Nueva Cultura.

"De joven yo también tuve muchos sueños. Con el paso de los años, sin embargo, la mayoría de aquellos sueños ha quedado condenada al olvido, lo cual no lamento en absoluto. Aun cuando son recuerdos que pueden ser placenteros, no suelen aportar nada que no sea soledad. ¿Y de qué sirve que los pensamientos se vuelvan a estancar en periodos de soledad, perdidos en el tiempo? A pesar de todo, no consigo acabar de olvidar el pasado. Los orígenes de la presente obra, *Grito de combate*, residen justamente en estos fragmentos del pasado que no he conseguido borrar de la memoria.

Durante más de cuatro años de mi niñez visité regularmente –casi todos los días– una casa de prendas y una boticaria. No recuerdo bien cuántos años tenía, pero todavía tengo presente que el mostrador de la boticaria era de mi altura y que el de la casa de prendas hacía dos como yo. Básicamente, lo que hacía era poner vestidos y toda clase de cachivaches sobre el mostrador que hacía dos como yo, cogía el dinero que el propietario, con una mirada de menosprecio, me daba a cambio, iba al mostrador de mi altura y compraba medicinas para mi padre, que hacía tiempo que estaba enfermo. Cuando volvía a casa, había un sinfín de cosas que me mantenían ocupado. El boticario que preparaba los medicamentos, que tenía mucha fama, usaba ingredientes bastante inusuales que no eran nada fáciles de conseguir: raíces de áloe (sólo de las que crecen en invierno), caña de azúcar (sólo la que ha quedado expuesta en la escarcha durante tres años), un grillo macho y un grillo hembra (sólo si no se habían aparejado con otros grillos antes), ardisia (sólo si había perdido las semillas)... Pese a todas aquellas recetas, mi padre empeoró hasta que murió. Todos estos conocimientos, harto inocentes, me llevaron a dirigirme a Japón para estudiar en una escuela de medicina de provincias. Mi sueño era volver a China y poder curar a los enfermos que, como mi padre, habían sido víctimas de tratamientos erróneos. Además, si nunca estallaba una guerra, siempre podría hacer de médico en el ejército y aprovechar la ocasión para reforzar la fe de mis compatriotas en la reforma.

No estoy al día de los métodos adelantados que se deben emplear actualmente a la hora de enseñar microbiología. En aquella época, nos pasaban diapositivas para observar los diferentes microorganismos que teníamos que estudiar. Si sobraba tiempo, el profesor nos pasaba diapositivas de paisajes o de noticias de actualidad hasta que llegaba la hora de acabar. Era la época del conflicto entre Rusia y Japón, que duró de 1904 a 1905, y muchas de las diapositivas eran imágenes de la guerra. Yo tenía que sumarme a los vítores y a los aplausos del resto de estudiantes, todos japoneses. Estuve mucho tiempo sin ver ningún compatriota, hasta que un día aparecieron unos cuantos en una de aquellas diapositivas. Había uno que iba atado por las manos y estaba rodeado por el resto. A pesar de que aparentemente parecían individuos, tenían un aspecto apático, de indiferencia. La inscripción de la diapositiva informaba de que el chino de las manos atadas era un espía de los rusos. Los soldados japoneses estaban a punto de decapitarlo para dar ejemplo. Los chinos que lo rodeaban sólo querían disfrutar del espectáculo.

Abandoné Tokio antes de que se acabara el curso. Aquel incidente me hizo entender que la medicina no era tan importante. No sirve de nada que los ciudadanos de un país débil y subdesarrollado vivan fuertes y sanos, si sólo sirve para que sean víctimas o testigos de espectáculos tan ridículos como aquél. Mi inquietud no debía dirigirse a la cantidad de ciudadanos que moría de enfermedad, sino a cómo lograr cambiar su espíritu."

Lu Xun (2007). *Diari d'un boig i altres relats*. (traducción de Carles Prado-Fonts) Barcelona: Edicions de 1984.

A través de las páginas de *Nueva Juventud*, Lu Xun hizo del relato en lengua coloquial uno de los principales géneros literarios del momento, a pesar de que también cultivó prolijamente el ensayo e incluso la poesía. Pero además de la obra literaria propia, en ese periodo aparece un volumen ingente de traducciones de textos occidentales –en muchas ocasiones indirectas, especialmente a partir de adaptaciones y traducciones japonesas– que contribuye al ambiente

de efervescencia intelectual del que se alimentan estos jóvenes literatos y políticos. De hecho, el Movimiento para la Nueva Cultura es mucho más que un fenómeno literario. Ya en 1917, en las páginas de *Nueva Juventud* apareció un artículo sobre la importancia de la educación física firmado por un joven de 24 años llamado Mao Zedong (1893-1976) que estaba destinado a convertirse en la figura más influyente y determinante de la China del siglo xx. A través de las páginas de las muchas revistas literarias que aparecen en ese periodo, las ideas políticas que llegan de Occidente se filtran hasta un abanico cada vez más amplio de jóvenes intelectuales con inquietudes. No en vano, varios de los fundadores del marxismo chino participaron activamente en estos círculos.

La Universidad de Beijing se convirtió en uno de los principales focos de la nueva intelectualidad china. A finales de la década de 1910, Chen Duxiu, Lu Xun y Hu Shi fueron profesores de ese centro, dirigido entonces por Cai Yuanpei (1868-1940), antiguo funcionario imperial de formación clásica que había abrazado las ideas radicales de Sun Yat-sen. Con él la Universidad se convirtió en un punto de referencia para los intelectuales chinos y fermento para los jóvenes estudiantes.

A principios de los años 1920, John Dewey y Bertrand Russell impartieron cursos en la misma universidad y pocos años después también Rabindranath Tagore visita esta institución. Todo ello coincide con los mismos años en los que comienzan a resonar en la capital china las ideas marxistas y especialmente anarquistas, que emanan precisamente de la Universidad. En 1918-1919 aparecen grupos de estudiantes que crean rudimentarias comunas y corpúsculos para la enseñanza de la ideología anarquista entre las masas y poco después – en un ambicioso proyecto anarquista que acabará fracasando por la depresión económica de la posguerra europea– se envían a Francia cerca de 1.500 estudiantes para formarse a través del trabajo en las fábricas y el posterior estudio en las universidades francesas, entre ellos futuras figuras políticas de la talla de Deng Xiaoping o Zhou Enlai (ambos llegaron a trabajar en la fábrica que la automovilística Renault poseía las cercanías de París). Tal como lo describe Short:

"La Universidad de Pekín se convirtió, bajo la influencia de Cai Yuanpei, su exaltado rector, en un importante centro de actividades anarquistas. Se ofrecían clases de esperanto, el idioma que los anarquistas habían escogido para su nuevo mundo sin fronteras. Los estudiantes distribuían de manera clandestina ejemplares del *Fuhuzhi* de Liu Shifu, fundador de la *Huiming xueshe*, asociación con el singular nombre de Sociedad de los Gallos Cantores en la Oscuridad, que proponía 'el comunismo, el antimilitarismo, el sindicalismo, la contrarreligión, el antifamiliarismo, el vegetarianismo, el lenguaje internacional y la armonía universal!'"

Short (2003). *Mao* (pág. 99). Barcelona: Crítica.

Otro de los miembros de la Universidad de Beijing, Li Dazhao (1888-1927), que también colaboraba con *Nueva Juventud*, se convirtió en el fundador de la Sociedad para el Estudio del Marxismo, primer grupo dedicado a esta corriente en China. Él mismo se encargó en 1918 de la edición en la misma revista de un número monográfico sobre el marxismo que marcará un cambio decisivo en la línea ideológica de *Nueva Juventud* y de muchos de sus colaboradores. Li

Dazhao era en aquel momento el director de la biblioteca de la Universidad, donde tuvo como ayudante a Mao Zedong, que formó su ideario político y filosófico bajo la influencia de Li. Muchos intelectuales anunciaron su adhesión al marxismo, como el mismo Chen Duxiu, aunque algunos miembros del Movimiento para la Nueva Cultura optaron por posiciones menos radicales y paulatinamente se alejaron del entorno de *Nueva Juventud* (como fue el caso de Hu Shi).

Dos elementos contribuyeron a la difusión del marxismo entre los jóvenes intelectuales chinos. Por un lado, la actitud de la Unión Soviética, que renunció a los privilegios concedidos en virtud de los tratados firmados por la Rusia zarista, especialmente después del Tratado de Versalles de 1919, lo cual despertó las simpatías entre muchos chinos por aquel Estado y sus doctrinas marxistas. Por el otro lado, el desengaño frente a lo que representaba Occidente y sus relaciones históricas con China. A pesar de tratarse de una corriente de pensamiento originada en Occidente, el marxismo de hecho criticaba las bases intelectuales y morales del mundo occidental. Así pues, la articulación del movimiento marxista en China fue la principal consecuencia directa del Movimiento de la Nueva Cultura: con la probable intervención, según Dirlik (1989), de la Internacional Comunista, los marxistas chinos se organizaron en 1921 en el Partido Comunista Chino. Ese mismo año se celebró el primer Congreso del Partido Comunista, en el que Chen Duxiu fue nombrado Primer Secretario General.

1.3. Guerras y caos

Tras la muerte de Yuan Shikai, China entró en un periodo de fragmentación política. Sus territorios cayeron bajo el control de diversos cabecillas militares que mantenían bajo su égida amplios territorios que en algunos casos alcanzaban las dimensiones de una provincia. Estos Señores de la guerra (*junfa* en chino), como son habitualmente conocidos, consiguieron de manera muy desigual mantener una administración civil, que en algunos casos incluyó incluso el acuñamiento de moneda propia, el establecimiento de un sistema de recaudación de impuestos, la centralización del Ejército o la adopción de medidas dentro del ámbito educativo, entre otros. Pero este tipo de iniciativas fueron muy desiguales y en amplias zonas geográficas fueron únicamente testimoniales. Fruto de ello, las guerras internas, el bandidaje o el tráfico de opio –un negocio que potencian algunos de estos Señores de la guerra– conllevan fuertes exacciones económicas en forma de impuestos desiguales que repercuten de manera directa en los campesinos. En algunas regiones las hambrunas afectarán a millones de personas que sufren las consecuencias del desorden general del periodo.

Al mismo tiempo, las potencias occidentales –que ampliarán en algunos casos sus privilegios, aprovechándose de la debilidad estatal– mantienen su reconocimiento del Gobierno de Beijing como el único legítimo en territorio chino. Sólo a partir de 1928, cuando el Kuomintang establezca un nuevo gobierno

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

Marie-Claire Bergère (1989). *The Golden Age of Chinese Bourgeoisie, 1911-1937*. Cambridge: Cambridge University Press.

Short (2003). *Mao* (pág. 65-93). Barcelona: Crítica.

J. Sheridan (1983). "The Warlord Era: Politics and Militarism under the Peking Government. 1916-1928". A: Fairbank (ed.). *The Cambridge History of China. The Republican Era, 1912-1949* (vol. 12). Cambridge: Cambridge University Press.

E. McCord (1993). *The Power of the Gun: The Emergence of Modern Chinese Warlordism*. Berkeley: University of California Press.

de unión nacional, China volverá a su unidad, aunque incluso entonces el gobierno de la República de China controlado por el Kuomintang se verá limitado en algunas provincias por la presencia de importantes líderes militares que, aunque habrán jurado su lealtad al Estado, mantendrán amplias esferas de independencia.

La China de los Señores de la guerra, 1926



Fuente: E. Tamura y otros (1998). *China. Understanding its past* (pág. 173). Honolulu. University of Hawaii Press.

Aun así, se trata de un periodo en el que la vida urbana y comercial continúa desarrollándose con vitalidad, lo que matiza la tradicional percepción de esta etapa como un momento únicamente de fragmentación caótica entre dos periodos de mayor significación. En las grandes ciudades se desarrollan nuevas actividades profesionales, se constituyen asociaciones, se establecen instituciones de seguridad, los trabajadores comienzan su organización con el establecimiento de sindicatos, aparecen nuevas formas de cultura popular y de ocio de masas, entre otros. Una muestra palmaria la constituye la ciudad de Shanghai y la evolución de su vida comercial, así como el mejor ejemplo es el desarrollo de las formas de cultura de consumo (cine, revistas), de la que la publicidad del periodo es una manifestación.

Cuando el interior del país está aquejado por la falta de planificación administrativa de los Señores de la guerra, en Shanghai proliferan los calendarios de bellezas ilustrados por pintores que en algunos casos han seguido una formación que transita entre las tradiciones occidental y china. Los vestidos de las jóvenes que aparecen retratadas (en ocasiones actrices que posaban como modelos), sus atuendos, el maquillaje, la postura corporal o las actividades que aparecen realizando evolucionan a lo largo de ese periodo como reflejo de la mayor participación social de la mujer en las grandes urbes y su integración en la nueva sociedad de consumo que se está fraguando. De los calendarios de inicio de siglo que muestran mujeres en segundo plano todavía con los pies ocultos y vestidos de seda bordados que cubren toda su figura, como marcaba la tradición, se pasa a finales de la década de 1920 e inicios de 1930 a calen-

darios con bellezas sensuales que aparecen en actitudes de independencia e incluso provocadoras, posando con pantalones que apenas cubren la parte superior del muslo, con traje de baño, con transparencias e incluso insinuando en un descuido los pechos. Así pues, la mujer se ha convertido en estas obras en un reclamo publicitario precisamente por su aspecto más desafiante ante las tradiciones. De la mujer sumisa de la moral tradicional se ha pasado en estas grandes ciudades, bajo la influencia de las sociedades occidentales, a una mujer que rompe con el pasado y se convierte en objeto de consumo y deseo.

El surgimiento de una incipiente sociedad de consumo en una ciudad como Shanghai fue posible gracias a la expansión de la industria china, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial. Con el estallido del conflicto global, muchas empresas y fábricas occidentales se retiraron de China, dado que los países beligerantes consumieron todos los recursos económicos posibles para alimentar al ejército en el continente europeo. En China, donde la guerra quedaba lejos, los llamados *compradores* (chinos que trabajaban para empresas occidentales) se emanciparon y empezaron a fundar industrias y empresas a imitación de las occidentales. Así fue como surgieron fábricas textiles y de productos de consumo que eran de propiedad china que se extendieron sobre todo por la costa y la región de Shanghai. La economía china se dividió en un interior rural agrícola y pobre y unas ciudades en la costa que, a pesar de las desigualdades internas, empezaban a lograr niveles de vida parecidos a los europeos. Como Shanghai era una ciudad abierta al comercio internacional y protegida por los tratados internacionales, la burguesía urbana de la región pudo enriquecerse aprovechando todas las oportunidades que ofrecía el estatus de puerto abierto, al mismo tiempo que veía cómo disminuía la competencia exterior (excepto la japonesa) debido a la guerra mundial.

Ahora bien, el periodo entre 1916 y 1928 tuvo consecuencias negativas muy importantes, especialmente en las regiones del interior. Se sucedieron sin tregua los enfrentamientos entre ejércitos locales y las guerras y guerrillas entre regiones controladas por diferentes caudillos militares. Las dinámicas geoestratégicas cambian a gran velocidad, al mismo ritmo con el que se establecen y se rompen las alianzas entre estos Señores de la guerra. Los intereses personales se anteponen a las lealtades y la traición se convierte en una constante entre los diferentes líderes. El número de militares y soldados aumenta a lo largo de este periodo, se pasa del medio millón inicial que existía tras la muerte de Yuan Shikai a los más de dos millones de 1928. Esto no sólo refleja un aumento constante y de grandes dimensiones de las actividades bélicas y la necesidad de defenderse, sino también una escalada de los gastos militares –que se traducen en una falta de inversiones en infraestructuras y la administración– que únicamente se consigue financiar a través de repetidas subidas de los impuestos que tienen que satisfacer los campesinos. Esto genera la proliferación de los grupos de desclasados que alimentan las bandas y la delincuencia, al tiempo que los mismos ejércitos crecen a partir de estos grupos marginales, lo que contribuye a que el pillaje y el saqueo sean un fenómeno demasiado

Bibliografía

Wen-hsin Yeh (1997). "Shanghai modernity". *The China Quarterly* (núm. 150, pág. 375-394).

⁽¹⁾En relación al número de delincuentes durante el periodo de los Señores de la guerra, ved: Paul Bailey (2002). *China en el siglo xx* (pág. 100). Barcelona: Ariel.

habitual. Se calcula que ya al final del periodo de los Señores de la guerra el número de delincuentes¹ y bandidos que existía en China se acercaba a los veinte millones de personas.

No obstante, la situación podía variar de una a otra región de manera significativa. La propia personalidad, formación u orígenes de los diversos Señores de la guerra influían de manera directa en la administración de sus territorios. Muchos de ellos son de extracción social humilde, no han recibido una educación destacable –siempre dentro de la tradición– y han hecho de la carrera militar un modo de vida, al ascender desde los escalafones menores. Pero también los hay que han estudiado en academias militares selectas, en algunos casos incluso en Japón, o que antes del final del Imperio habían obtenido un grado de funcionario dentro de la administración militar, lo cual los convierte en defensores del Estado, la educación y la moral confucianas. Existen además casos excepcionales, como los del general Feng Yuxiang, militar que había formado parte de los ejércitos de Yuan Shikai y que, tras convertirse al cristianismo, llegó a emplear una manguera para bautizar a sus tropas.

El número de Señores de la guerra se cuenta por centenares, aunque sólo algunos de ellos consiguieron dominar amplios territorios de dimensiones provinciales. A medida que se avanza en la década de 1920, el número se va reduciendo, hasta que en 1926 se llegó a una situación de equilibrio entre dos de estos líderes militares: Zhang Zuolin, de origen manchú y afín a los intereses japoneses que controlaba Beijing y todo el nordeste, y Wu Peifu, señor de la China central. Pero el gobierno del Kuomintang, resurgido con fuerza en la provincia de Guangdong, intentó desafiar esta situación e inició un proyecto que en último término significó la reunificación bajo su control de todo el territorio chino.

1.4. Rivalidades entre el Kuomintang y el Partido Comunista de China

Desde el primer congreso de 1921, el Partido Comunista de China adoptó las tesis del marxismo ortodoxo, que veían en la masa de obreros industriales de las grandes urbes el punto de partida para la revolución, un proletariado que debía seguir la guía del partido. Ahora bien, a pesar de la emergencia de ese proletariado, China era un país eminentemente agrario. En 1920 sólo el 12% de la población vive en ciudades de más de diez mil habitantes y en 1933, de los 260 millones de habitantes en edad laboral, 250 millones se dedican a las actividades agrícolas (Bailey, 2002, pág. 105). Junto a estas cifras, la clase obrera tenía una presencia totalmente marginal: se calcula que en 1928, el número de obreros que había en China era inferior a los dos millones de personas. El mismo Mao consideraba que la clase obrera china, concentrada en los sectores del textil, el ferrocarril, la minería y el transporte marítimo, no podía aspirar a cambiar la situación política sin la ayuda de otras clases sociales. No obstante, los activistas comunistas se vuelcan esos primeros años en la mejora de las condiciones laborales de los obreros industriales y organizan huelgas y movilizaciones en diversas ocasiones.

A inicios de la década de 1920, los objetivos del Partido Comunista de China se ampliaron cuando desde Moscú se empezaron a recibir importantes presiones del Komintern (la Internacional Comunista) para que estableciera una alianza con el principal partido de China, el Kuomintang. A pesar de la oposición del entonces secretario general, Chen Duxiu, que desconfiaba de los métodos de Sun Yat-sen, en 1922 el Partido Comunista fijó como objetivo buscar la unión con los grupos democráticos de China para luchar contra el imperialismo y el feudalismo. Sun Yat-sen era un dirigente conocido y valorado en la Unión Soviética. Su historial revolucionario y su apoyo a las medidas drásticas –huelgas, boicots– lo convertían en un radical a ojos de los gobiernos occidentales, por lo que el mismo Sun propició un acercamiento hacia Moscú. Admiraba la capacidad de organización del Partido soviético, al que consideraba un modelo de eficacia que el Kuomintang debía imitar. Este hecho favoreció a instancias del Komintern la aproximación entre éste y el Partido Comunista de China, que culminó en 1923 con la proclamación de una alianza formal entre el Kuomintang y el Partido Comunista de China. Aún aceptando que el Partido Comunista mantuviese su independencia organizativa, Sun Yat-sen impuso que los comunistas se enrolaran de manera individual en el Kuomintang. A pesar de la oposición abierta del ala derecha del Kuomintang, éste fue el inicio del primer frente unido entre nacionalistas y comunistas. Incluso un futuro enemigo radical del Kuomintang como Mao Zedong mostró su plena satisfacción con una alianza que tenía como doctrina rectora la lucha contra el imperialismo.

Tras la formación del frente unido, la Unión Soviética ofreció a Sun Yat-sen su colaboración económica y militar. Sun tenía la convicción de que los miembros del Partido Comunista de China acabarían asimilados en el Kuomintang,

Bibliografía

Sobre los temas de este subapartado, ved:

Lloyd E. Eastman (1974). *The Abortive Revolution: China Under Nationalist Rule, 1927-1937*. Cambridge: Harvard University Press.

Jonathan Spence (1999). *Mao Zedong*. Nueva York: Victor Penguin.

L. Shaffer (1982). *Mao and the Workers: The Human Labor Movement, 1920-1923*. Nueva York: M. E. Sharpe.

Jonathan Fenby (2004). *Chiang Kai-shek. China's Generalissimo and the Nation He Lost*. Nueva York: Carroll & Graf.

J. Harrison (1972). *The Long March to Power: A History of the Chinese Communist Party, 1921-1972*. Nueva York: Praeger.

P. Coble (1991). *Facing Japan: Chinese Politics and Chinese Imperialism, 1931-1937*. Cambridge: Harvard University.

Frederik Wakeman (1995). *Policing Shanghai, 1927-1937*. Berkeley: University of California Press.

lo que conllevaría la disolución del Partido, mientras que los dirigentes comunistas albergaban la esperanza de que con la alianza aumentarían los miembros de su Partido. Con el respaldo de consejeros llegados de Moscú, Sun Yat-sen reorganizó su partido siguiendo el modelo soviético, estableció una fuerte disciplina interna y creó organismos de propaganda, de organización de trabajadores, de mujeres o de campesinos. De esta nueva estructura emerge desde los estamentos militares del Kuomintang la poderosa figura de Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi, 1887-1975), comandante de la recién creada Academia Militar de Whampoa que había recibido instrucción en Japón. Chiang se convertirá rápidamente en el más estrecho colaborador de Sun.

En el primer congreso nacional del Kuomintang celebrado en 1924, algunos dirigentes comunistas, como el propio Mao Zedong, fueron elegidos como miembros del Comité Ejecutivo Central del Partido Nacionalista; otros pasaron a actuar de comisarios políticos, como el futuro primer ministro Zhou Enlai. El frente unido representa un periodo crucial dentro de la historia del Partido Comunista de China, ya que en ese momento éste dejó de hacer del proletariado urbano el centro sobre el que orbitaban sus actividades y comenzó a considerar al campesinado como una fuerza revolucionaria poderosa y a comprender la enorme capacidad que atesoraba. Durante los primeros años de frente unido, tanto el Kuomintang como el Partido Comunista de China vieron como el número de afiliados a sus filas aumentaba: los comunistas pasaron de 127 miembros en 1922 a los sesenta mil en 1927, fruto de los sentimientos antiimperialistas que afloraban en esa época en muchas regiones de China, especialmente de la costa.

Cuando intentaba llegar a un acuerdo con los grandes Señores de la guerra del norte, en 1925 una enfermedad acabó con la vida de Sun Yat-sen. Chiang Kai-shek, comandante general de los ejércitos, se convirtió en la figura dominante del Kuomintang y se impuso a los representantes del ala izquierda del partido.

El 25 de mayo de 1925 se produjo un incidente en la ciudad de Shanghai que fue decisivo para que las fuerzas antiimperialistas chinas estrecharan aún más sus lazos: un incidente en una fábrica japonesa en el que murió un obrero chino afiliado al Partido Comunista provocó una manifestación de protesta en el centro de la ciudad. Como la manifestación iba dirigida contra los privilegios extranjeros, la policía de la concesión internacional disparó contra la multitud y resultaron muertos doce ciudadanos chinos. Las protestas se extendieron por todas las grandes ciudades y se inició una oleada de huelgas y boicots. En Shanghai, la clase obrera se afilió en masa al Partido Comunista y esto creó un ambiente de tensión en la ciudad. Los extranjeros, la burguesía local, pero también las mafias y los traficantes de opio, temían la fuerza de un partido que quería erradicar toda forma de vida "burguesa y decadente". En esas circunstancias, algunos Señores de la guerra del sur unieron sus fuerzas a las del Kuomintang, lo que permitió a Chiang Kai-shek sentirse lo suficientemente seguro y fortalecido como para proponer una expedición que debía

conquistar los territorios del norte. A pesar de que inicialmente el Partido Comunista de China se mostró reacio a la idea, en 1926 finalmente se puso en marcha lo que sería conocido como la Expedición al Norte.

La Expedición al Norte contó en general con el apoyo de campesinos y trabajadores. Tanto en las zonas rurales como en las grandes ciudades se produjeron huelgas y movilizaciones de grandes dimensiones y en el campo aparecieron asociaciones campesinas que se enfrentaban a los terratenientes. En la provincia de Hunan, Mao Zedong, todavía entonces un líder secundario dentro del Partido Comunista, pudo comprobar personalmente la fuerza revolucionaria de la masa campesina, lo que le llevó a elaborar una doctrina que se alejaba de los postulados marxistas ortodoxos, que consideraban al campesinado una fuerza conservadora y burguesa, contraria a la revolución. Mao proclamó entonces que la auténtica revolución no podía tener lugar en la ciudad, sino en el campo, e indicó que su partido debía centrar los esfuerzos en los campesinos y no en los obreros industriales. Sus críticas al Partido Comunista, al que acusaba de haber perdido contacto con la realidad, eran la primera manifestación de su aversión y desprecio por los intelectuales teóricos. La influencia de las ideas anarquistas que unos años antes habían proliferado en Beijing y que proclamaban la necesidad del aprendizaje a través del trabajo manual sería decisiva para la conformación del comunismo chino. El informe que Mao escribió sobre los campesinos revolucionarios de Hunan constituyó de hecho su primer paso para adaptar el marxismo a las condiciones chinas.

A finales de 1926, la Expedición al Norte había comenzado a dar sus frutos. La mitad sur de China había sido recuperada por las tropas gubernamentales. Fue el momento en el que la unidad del Kuomintang, que tras la muerte de Sun Yat-sen se había mantenido más por factores coyunturales que ideológicos, se quebrantó de manera violenta. Cuando los miembros del ala izquierda del Kuomintang decidieron crear un gobierno en Wuhan, Chiang Kai-shek se dirigió a Shanghai. Allí, el Partido Comunista había aumentado su influencia a partir de los hechos de 1925, y en 1927 la ciudad parecía a punto de caer bajo el control de un Gobierno revolucionario de carácter comunista. Chiang Kai-shek, que tenía poderosas alianzas en el mundo de la mafia shanghainesa, sabía que los grupos del crimen organizado estaban dispuestos a luchar para evitarlo. Lógicamente, los intereses financieros y de las compañías extranjeras pedían también una acción rápida para evitar la revolución en la ciudad. De hecho, ya había barcos de guerra extranjeros esperando la oportunidad para actuar en caso de que la revolución se produjera.

Un mes después de su llegada a Shanghai, en abril de 1927, inició una dura represión contra los comunistas, en los que nunca había confiado. Este terror blanco contó con el apoyo de los industriales, las mafias e incluso de las potencias extranjeras, que querían mantener la actividad empresarial y comercial de la ciudad, amenazada por las movilizaciones de los trabajadores industriales. Ante la falta de apoyo y de efectivos, el gobierno izquierdista de Wuhan se disolvió, hecho que fortaleció la posición de Chiang. Bajo su mando, la Expedi-

ción al Norte continuó su avance, hasta que en 1928 tomó Beijing y proclamó un gobierno nacional con sede en Nanjing. El Partido Comunista chino fue masacrado en la ciudad donde tenía más adeptos, y como consecuencia, los comunistas que resistieron tuvieron que cambiar su estrategia revolucionaria. Este hecho tuvo una influencia decisiva en el acontecer del Partido Comunista de China y en la carrera de Mao Zedong.

Las consecuencias para el Partido Comunista de China de la Expedición y las persecuciones que se iniciaron en 1927 fueron enormes. Sus miembros habían quedado muy reducidos y su base urbana, aniquilada. Los líderes comunistas apostaron por intentar impulsar levantamientos e insurrecciones entre las tropas del Kuomintang y en las grandes ciudades. En una de las sublevaciones, Mao Zedong sufrió una severa derrota, lo que le impulsó a refugiarse en una región montañosa de la zona fronteriza de las provincias de Jiangxi y Hunan. Allí se reunió con Zhu De (1886-1976), miembro del ejército del Kuomintang que, tras la caída del frente unido, había desertado y había huido con sus tropas a esa misma región. Con el liderazgo militar de Zhu, entre ambos formaron una fuerza armada que se convertiría en la primera semilla del ejército rojo. A partir de ese momento, los objetivos y las acciones del Partido Comunista de China abandonarían las ciudades y pasarían a orbitar sobre el mundo agrícola.

A pesar de la teórica unificación del país y del debilitamiento del Partido Comunista de China, el poder del Kuomintang estaba lejos de ser absoluto, y sólo en las regiones centrales próximas a la capital, Nanjing, mantenían un control efectivo y total de los territorios. Así, grandes regiones se mantenían bajo el dominio de diversos Señores de la guerra que, a pesar de que reconocían el Gobierno de Nanjing y que habían jurado su fidelidad, poseían una autonomía que se extendía hasta amplias esferas administrativas de los territorios que controlaban. Incluso los ejércitos de esos caudillos militares, que se habían unido al Kuomintang durante la Expedición al Norte, se mantuvieron como cuerpos independientes.

Además, a lo largo de la llamada "década de Nanjing", el régimen de Chiang sufrió de constantes luchas internas, entre los partidarios de políticas más izquierdistas –próximas a las tesis de Sun Yat-sen– y los representantes del ala derecha que controlaban los mecanismos del Estado. Este hecho afectó directamente a las medidas que tomó el Gobierno de Chiang Kai-seng quien, preocupado por mantener los ingresos del Estado a toda costa para poder sufragar los elevados gastos militares y de seguridad, no puso en marcha ninguna reforma social o económica de carácter global. La mayoría de las mejoras se aplicaron en las ciudades, de donde provenía casi toda la recaudación del Gobierno, especialmente de Shanghai, donde se combinó una alianza inestable con la burguesía local con una fuerte represión hacia los sindicatos. La mayoría del presupuesto gubernamental estaba destinado al Ejército y no hubo inversión para el desarrollo, por lo que la construcción de carreteras o de ferrocarriles tuvo una función marcadamente estratégica. Tampoco el sector empresarial

resultó beneficiado por estas políticas, a causa de la desmesurada presión fiscal a la que estaba sometido y la falta de inversiones que estimulasen el tejido empresarial, más allá de algunos sectores próximos al círculo de Chiang.

En 1928, Chiang Kai-shek fue nombrado oficialmente máximo dirigente del Kuomintang y del Gobierno. Para acallar a sus detractores y opositores, impuso restricciones y un control muy estrecho a la prensa y a los intelectuales, a los que se prohibió que se organizaran en grupos políticos o asociaciones de presión que pudiesen desafiar el régimen con exigencias constitucionales. Pero, a pesar del rígido control que intentaba ejercer, Chiang fue incapaz de acabar con la corrupción dentro de su propio partido y del Gobierno que presidía. Sin embargo, cabe destacar que sus sistemas de control, espionaje y seguridad prefiguran no sólo periodos posteriores de terror blanco dirigidos por el propio Chiang, sino también algunas prácticas que serán habituales con el Partido Comunista de China.

A principios de los años treinta, Chiang adoptó varias políticas de tendencia fascista que estaban de moda en la Europa continental: autoridad absoluta del líder, control del Estado en la economía, militarización de la sociedad, campañas "de higiene colectiva" y un discurso nacionalista cargado de populismo.

Por otro lado, el Gobierno de Chiang se nutrió de políticos que en muchos casos eran familiares suyos, hecho que desencadenó varios escándalos de corrupción y malas prácticas. Hay que destacar la influencia omnipresente que tenía la familia Song (o Soong) en el panorama político de entonces. La familia Song se enriqueció en la ciudad de Shanghai vendiendo libros cristianos al mismo tiempo que financiaba la revolución de 1911. El patriarca, Charlie Song, había estudiado en Estados Unidos, en escuelas religiosas metodistas, pero abandonó pronto las actividades misioneras cuando volvió a Shanghai para dedicarse al mundo de los negocios. La hija mayor, Ailing, se casó con una de las personas más ricas de China, el banquero H. H. Kong (o Kong Xiang-xi). La segunda hija, Qingling, se casó a escondidas con el mismo Sun Yat-sen cuando este se encontraba en Japón, hecho que originó un escándalo porque Sun Yat-sen ya estaba casado y tuvo que renunciar al primer matrimonio. Finalmente, la hija pequeña, Meiling, se casó con Chiang Kai-shek durante la expedición norteña.

Ante la represión contra los comunistas, Qingling, ya viuda, la más progresista de las hermanas, se enfrentó a su cuñado y nunca le perdonó la traición que había cometido hacia el padre de la República, Sun Yat-sen y la alianza entre comunistas y nacionalistas. Qingling apoyó el ala más izquierdista del Guomintang y se quedó en la China comunista con Mao, mientras que su familia acabó trasladándose a Taiwán. Después de los hechos de 1927, Chiang Kai-shek organizó el Gobierno en Nanjing, otorgando cargos importantes (ministerios de economía y finanzas) a H. H. Kong y a Song Ziwen (o T. V. Soong), el hermano de su mujer y uno de los hombres más ricos de China. La red de contactos y favores que se extendía por la familia de Chiang Kai-shek y

Bibliografía

Podéis consultar la obra siguiente:

Sterling Seagrave (1986). *The Soong dynasty*. Nueva York: Harper.

Song Meiling llegaba a todos los niveles de la política y la economía del país. Muchas empresas fueron expropiadas por el entramado familiar y una parte importante de la burguesía shanghainesa dio la espalda al nuevo Gobierno, acusándolo de corrupto y despótico.

Las dificultades internas con las que se topó Chiang Kai-shek contrastan con los avances en política exterior. A pesar de la fragmentación a la que se había sometido el territorio durante el periodo de los Señores de la guerra, tras la Expedición al Norte el Kuomintang había conseguido mantener las fronteras del último Imperio Qing, con la única excepción de Mongolia Exterior, fronteras que heredará la República Popular China. Además, China fue recuperando paulatinamente algunas de las concesiones que desde mediados del siglo XIX se había visto obligada a realizar a las potencias extranjeras. Aunque el principio de extraterritorialidad continuará vigente hasta 1943, ya durante los primeros años de la década de 1930 el Gobierno de Chiang consiguió recuperar total o parcialmente la gestión de las aduanas, las comunicaciones, los aranceles, los ferrocarriles e incluso algunas cesiones territoriales.

La aparente prosperidad de la situación del Kuomintang contrasta con la posición del Partido Comunista de China. Excluidos la mayoría de comunistas de las zonas de influencia y desterrados a regiones del interior, entre 1932 y 1933 sus líderes decidieron abandonar la antigua sede de Shanghai para desplazarse al interior de la provincia de Jiangxi. Allí Mao Zedong había fundado un soviét, del que era además presidente. Convertido en el centro de las fuerzas comunistas, entre 1930 y 1934 Chiang Kai-shek lanzó cinco campañas de asedio contra este soviét, la última de las cuales consiguió expulsar a los comunistas de la región. Se inició así, en octubre de 1934, una persecución por las regiones del sur, oeste y noroeste de China que se alargó durante miles de kilómetros y que se convirtió en un acontecimiento de dimensiones míticas dentro de la historia del Partido Comunista conocido como la "Larga marcha".

Tras dejar atrás a los ancianos, niños, enfermos y buena parte de las mujeres que formaban parte del soviét de Jiangxi, de los 86.000 comunistas que iniciaron la huida, sólo cuatro mil consiguieron llegar al final del peregrinaje, en la provincia de Shaanxi, en 1935, tras un año de penalidades y ordalías. A pesar de tratarse de una derrota militar, los participantes en la larga marcha quedaron prestigiados de por vida, favorecidos por los vínculos y la solidaridad que se forjaron entre los supervivientes, y de ellos surgió la primera generación de dirigentes comunistas. De hecho, durante la larga marcha Mao Zedong se convirtió en el gran líder de los comunistas chinos, posición que consolidó a su llegada a Shaanxi. Allí, en la ciudad de Yan'an, el Partido Comunista de China estableció en 1935 su sede y dio inicio a una nueva era en su historia. Esta nueva cúpula ya no se había formado en los barrios obreros industriales de las ciudades de la costa, sino que había experimentado los sufrimientos de la China rural del interior.

2. La guerra contra Japón

La provincia de Shaanxi estaba alejada de los principales circuitos comerciales del país y del eje de poder del Gobierno del Kuomintang. La presencia de los comunistas en el noroeste era, por lo tanto, un problema no tan prioritario para Chiang Kai-shek, a pesar de que los enfrentamientos con los comunistas continuaron. Fue un factor externo lo que interrumpió drásticamente la guerra entre ambos partidos: el ataque japonés a las regiones del este de China. Desde la perspectiva de Tokio, China, con sus recursos, su enorme extensión y una extraordinaria población, representaba el primero y más fundamental paso para crear el nuevo orden en Asia oriental que sus dirigentes estaban diseñando, la unificación bajo mando japonés de toda la región del Pacífico contra el imperialismo occidental y el comunismo soviético. Cuando iniciaron el ataque a las tierras chinas, los principales comandantes del ejército japonés consideraban que la guerra se prolongaría durante unos meses. La realidad, no obstante, fue muy distinta: más de ocho años de guerra que desgastaron enormemente los recursos de Japón.

Japón había seguido a mediados del siglo XIX un camino similar al de China: había firmado tratados desiguales con los países occidentales y el comercio exterior, los aranceles y la banca, entre otros, habían estado bajo control extranjero. Pero la situación cambió rápidamente en pocas décadas y, mientras China avanzaba a la deriva, en 1895 Japón se había mostrado ya como una potencia expansiva, cuando derrotó precisamente al Imperio Qing, paso que quedó ratificado con la victoria sobre Rusia en 1905. Estos movimientos hicieron de Japón una preocupación para los países occidentales, que lo empezaron a considerar un rival, un competidor e incluso una amenaza. El final de la Primera Guerra Mundial y el consiguiente Tratado de Versalles ratificaron la nueva condición de Japón como agente activo en el contexto internacional.

Las relaciones económicas entre China y Japón eran al principio de la década de 1930 muy estrechas. Japón había rebasado ampliamente a la Gran Bretaña en la lucha por el mercado chino y era, de hecho, el país con mayores intereses económicos en China, por delante de británicos y estadounidenses. En 1931, China representaba el 82% de la inversión extranjera japonesa; para la Gran Bretaña, China ocupaba el 6% de su inversión extranjera y sólo el 1,5% de la de los Estados Unidos. Además, el 25% de las importaciones extranjeras chinas tenían su origen en el archipiélago japonés. Desde hacía décadas Manchuria había sido un objetivo prioritario, objeto de guerras, tratados y ocupaciones y a principios de esa década era un suministrador fundamental de minerales y materias primas para el desarrollo de la economía militar japonesa, además de un destino para la población japonesa con más dificultades. Tampoco se debe

Ved también

En este apartado sólo se estudia la guerra sino-japonesa y la Segunda Guerra Mundial con relación a China. Para una perspectiva más global, incluyendo los debates que llevaron a Japón a apostar por la invasión de China y la expansión en Asia, ved el apartado 4.3. de este mismo módulo.

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este apartado, ved:

Lloyd E. Eastman (1980). "Facets of an Ambivalent Relationship: Smuggling, Puppets, and Atrocities during the War, 1937-1945". A: Aki-ira Iriye (ed.). *The Chinese and the Japanese: Essays in Political and Cultural Interactions* (pág. 275-303). Princeton: Princeton University Press.

Rudolph J. Rummel (1991). *China's Bloody Century. Genocide and Mass Murder from 1900*. New Brunswick: Transaction Publications.

olvidar que Manchuria era una región de gran importancia geoestratégica, al actuar como tapón para la expansión en Asia oriental tanto de los Estados Unidos como de la Unión soviética.

En 1931, al tiempo que se establecía el soviét comunista de Jiangxi, el ejército japonés lanzó una ofensiva a gran escala sobre Manchuria, que fue invadida en sólo cinco meses. En 1932 Japón creó el estado títere de Manchukuo, con el último emperador de la dinastía Qing, Xuantong –popularmente conocido como Puyi–, como gobernante de paja. En los foros internacionales la acción fue observada con preocupación y la Sociedad de Naciones condenó la acción, pero no impuso sanciones. La reacción japonesa a la actitud occidental fue su retirada de la Sociedad de Naciones. A partir de entonces, las acciones japonesas en el norte adquirieron un tono cada vez más agresivo y amenazador para sus vecinos chinos, hasta el punto que en 1936 firmó un pacto anti Komintern con la Alemania nazi.

Ante estos movimientos en el nordeste, la reacción de Chiang Kai-shek fue tímida. Inicialmente, Chiang consideraba que la derrota del Partido Comunista de China tenía que ser la primera prioridad de su Gobierno, pero no todos los miembros de su entorno compartían su punto de vista. Ya en 1932, en un momento en el que el frente unido era todavía un recuerdo reciente, una parte de su ejército se rebeló y se negó a luchar contra los comunistas. Chiang doblegó la insurrección en 1934, pero no consiguió acallar las críticas. A lo largo de 1935, la posición ambigua del Kuomintang ante las acciones japonesas en Manchuria provocó el estallido de protestas estudiantiles en Beijing. La tensión por la guerra contra los comunistas culminó en 1936, cuando Chiang Kai-shek fue capturado en Xi'an por Zhang Xueliang (antiguo jefe militar de Manchuria, cuyo padre, un destacado Señor de la guerra, había sido asesinado por los japoneses). Zhang exigió a Chiang Kai-shek que pusiese fin a las agresiones a los comunistas, pero sólo la intervención del Partido Comunista de China puso fin al incidente. Como resultado del incidente de Xi'an, Chiang fue liberado a cambio de la formación de un nuevo frente unido entre comunistas y nacionalistas para luchar contra el enemigo japonés. De este modo, en 1937, el segundo frente unido tomó cuerpo bajo el mando único de Chiang.

A pesar de que Chiang continuó en el poder después de este episodio humillante, el "rapto" de 1936 se considera un momento clave en la historia de China: el Partido Comunista chino evitó el enfrentamiento con las tropas nacionalistas en un momento en el que seguramente habría podido sufrir una derrota definitiva. Al mismo tiempo, Mao ganó un prestigio enorme, puesto que la población china le atribuyó el mérito de haber buscado la unificación del país para luchar contra el enemigo común, el invasor japonés. La obsesión de Chiang por combatir a los comunistas chinos antes de que afrontar la amenaza japonesa, que era cada vez más evidente, hizo caer en picado su popularidad.

En 1937 se produjo el ataque directo de la aviación y las tropas japonesas a la costa de China y al año siguiente habían ocupado ya las principales urbes de la costa. Shanghai, Nanjing, Guangzhou o Wuhan, además de la capital, Beijing, cayeron bajo los bombardeos y la crueldad de los ejércitos nipones. Especialmente funesta fue llamada "masacre de Nanjing", cuyos asesinatos a sangre fría, violaciones y actos de crueldad y barbarie arrojaron una cifra de bajas civiles que algunos historiadores calculan superior a las doscientas mil en toda la ciudad y su comarca, a pesar de que todavía existen disputas sobre el número de muertos.

Ante el avance japonés, el Gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek tuvo que retirarse al interior hasta que se estableció en la ciudad de Chongqing, en 1938, en la provincia de Sichuan, demasiado apartada de la costa como para que el ejército japonés pudiera plantearse una invasión. Agazapado en el interior –Chongqing se convirtió en la capital de China y la sede central del Kuomintang hasta el final de la guerra–, Chiang se fue debilitando política y económicamente, alejado de los grandes núcleos que habían sustentado las arcas de su gobierno y que alimentaban sus redes de poder.

A pesar de sus planes iniciales, el ejército japonés no llegó a desplegar una invasión a gran escala de las provincias rurales del interior. Su área de influencia se limitó a toda la zona costera, que incluía las principales ciudades internacionales, la región nordeste más cercana a Manchuria y algunas regiones fluviales de más fácil acceso, como la cuenca baja del Yangzi. Esto significaba que las regiones más dinámicas en términos financieros, comerciales, industriales, administrativos y culturales quedaron lejos del control del gobierno chino.

Tras el esfuerzo inicial para invadir el territorio chino, la situación se mantuvo estable a partir de 1939, sin que la invasión progresara o los ejércitos chinos recuperaran áreas significativas al enemigo. La China quedó dividida en tres partes: la región más extensa, dominada por los japoneses, iba de Manchuria a Guangdong, resiguiendo la costa; una segunda área se extendía por el interior meridional y el centro de China, era la que estaba bajo el control de los nacionalistas; finalmente, en el interior septentrional, resistía la base comunista con capital en Yan'an.

Sin embargo, el desgaste humano y económico para el ejército japonés fue enorme, así al final de la Segunda Guerra Mundial, del total de 2,3 millones de soldados desplazados combatiendo fuera de Japón había en China 1,2 millones (Hsu, 2000, pág. 610-611). Para China, los efectos de la guerra tuvieron efectos devastadores y se calcula que alrededor de entre 15 y 20 millones de civiles y de soldados chinos perdieron la vida en los bombardeos, combates y matanzas del ejército imperial, en las hambrunas que se produjeron como consecuencia directa de la invasión y en las represiones que se produjeron al final de la guerra. Esto convertiría a China en el país que más bajas sufrió a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, con cifras similares a las de Rusia, a pesar

de que como afirma Dower (1986, pág. 295), la devastación y el sufrimiento fueron tan extraordinarios en China que en último término es necesario hablar de un número incierto de "millones de muertos".

A pesar de estas cifras, establecido el segundo frente unido, la guerra representó una oportunidad para el Partido Comunista de encontrar un nuevo equilibrio en su rivalidad con el Kuomintang. Los territorios que tenía bajo su control en el norte fueron aumentando de manera paulatina y con ello también su implantación en el territorio y los lazos de lealtad con la población. Con independencia de la alianza, el Kuomintang seguía manteniendo su desconfianza ante los comunistas, alimentada además por las intenciones evidentes de Mao Zedong, convertido ya en líder indiscutible de su partido, de ampliar su influencia. En plena guerra de resistencia contra Japón, se produjeron enfrentamientos armados entre ambos bandos que, aunque esporádicos y de pequeño calibre, fueron percibidos como actos de traición del Kuomintang. La sede comunista de Yan'an se convirtió para muchos intelectuales y ciudadanos de a pie en un estandarte de la resistencia contra Japón. Muchos se desplazaron desde otras regiones para unirse a la causa comunista, incluyendo intelectuales y estudiantes de todo el país que simpatizaban con las ideas de la izquierda y que veían como una amenaza las acciones intervencionistas y de censura impuestas por Chiang Kai-shek, lo que permitió que la base de los comunistas aumentase durante esos años considerablemente.

Al mismo tiempo, los japoneses, que buscaban legitimarse en China después de las atrocidades cometidas, buscaron el acercamiento de chinos colaboracionistas que pudieran dar la imagen de un Gobierno amigo. Wang Jingwei, un político que había destacado como representante del ala más izquierdista del Kuomintang, aceptó formar un Gobierno colaboracionista en la ciudad de Nanjing, el mes de marzo de 1940. Esto desencadenó una oleada de atentados terroristas en las grandes ciudades de la costa, con todo tipo de redes de espionaje, delaciones y persecuciones. Sin embargo, no debemos olvidar que millones de chinos dieron legitimidad al Gobierno colaboracionista, quizás pensando que con estos se acabarían los conflictos. Por otro lado, el establecimiento del Gobierno colaboracionista nazi en Francia (el llamado régimen de Vichy) hizo que las zonas anteriormente controladas por los franceses (como la Concesión Francesa de Shanghai o las colonias del sudeste asiático) cambiaran de bando y pasaran a ser amigas de la causa fascista.

En 1940, necesitado de recursos para continuar la guerra en China, Japón inició su expansión hacia nuevas regiones del Pacífico asiático. Tras la invasión de Indochina, las potencias occidentales con intereses en Asia protestaron enérgicamente por las acciones japonesas, hasta el punto que los Estados Unidos, principales suministradores de petróleo de Japón, decretaron un embargo de crudo. Acuciado por las necesidades de materias básicas para continuar la invasión de China, el ejército japonés decidió atacar los enclaves occidentales en el sudeste Asiático y convertir la región en una zona de control exclusivamente nipón, una "esfera de coprosperidad del Gran Este Asiático", como lo

denominaba la propaganda imperial. Y, de hecho, a pesar de la crueldad de la invasión, las acciones japonesas despertaron en muchos casos movimientos nacionalistas de liberación, algunos de los cuales culminaron con el fin de su pasado colonial y la independencia después de la Segunda Guerra Mundial. En diciembre de 1941 se produjo el ataque contra los intereses estadounidenses en Pearl Harbor y, al año siguiente, se ocupó Hong Kong, Malasia, Indonesia, Singapur y las Filipinas, lo que dio inicio a una nueva fase en la guerra sino-japonesa, que pasó a ser considerada en el ámbito internacional como parte de la guerra mundial contra el fascismo que se estaba librando en Europa. Como consecuencia directa de ello, la ayuda estadounidense a China aumentó de forma considerable.

Debido a los intereses de Estados Unidos en el Pacífico, las relaciones de este país con Japón se fueron deteriorando sin remedio a medida que Japón extendía su influencia por el área del Pacífico. Estados Unidos vio en el Partido Nacionalista un aliado natural y le dieron todo tipo de apoyo económico y militar. El Gobierno nacionalista, aislado del mundo en la zona de Chongqing, recibía apoyo de Estados Unidos por medio del transporte aéreo y terrestre a través de las rutas que conectaban China con Birmania (a través de Yunnan) y por la cordillera del Himalaya. Chiang Kai-shek también recibía grandes cantidades de ayudas económicas por parte de Washington a pesar de las quejas de los representantes norteamericanos en China, que veían como una parte de este dinero desaparecía a medida que aumentaba la fortuna personal de Chiang y los Song. Pero Estados Unidos mantuvo la alianza con el Gobierno nacionalista y Chiang Kai-shek fue invitado a la conferencia del Cairo, en 1943, que sentaría las bases del nuevo orden mundial de la posguerra.

En China, Chiang continuaba entre dos aguas, desplegando una estrategia que apuntaba mucho más allá de la guerra que se desarrollaba en aquel momento. Mantenía una parte destacada de sus fuerzas sin actuar de manera comprometida en la guerra de resistencia contra Japón, a la espera de una hipotética guerra con el Partido Comunista de China que sabía que tarde o temprano estallaría tras la derrota de Japón, previsible una vez éste había iniciado el enfrentamiento con los países occidentales. Esta actitud ambigua provocó el malestar de los campesinos de muchas regiones cercanas a las zonas ocupadas, que incluso atacaban a las tropas de Chiang cuando éstas se retiraban ante la ofensiva japonesa. Los fuertes impuestos habían empeorado la situación en el campo, a lo que había que añadir los reclutamientos militares forzosos y los trabajos obligados en el campo. La situación llegó a ser dramática en algunas zonas y, entre 1941 y 1943, se produjo la muerte por inanición de varios millones de habitantes en Henan.

La guerra acabó de manera repentina el 15 de agosto de 1945, con los bombardeos estadounidenses sobre Hiroshima y Nagasaki. Los más de ocho años de enfrentamientos habían provocado millones de muertos en China y habían dejado arrasadas muchas regiones fundamentales para la economía del país. Pero, a pesar de todo, la paz sólo significó la continuación de la guerra entre el

Kuomintang y el Partido Comunista de China que había quedado interrumpida en 1936. Con el apoyo en uno y otro bando de los Estados Unidos y Rusia, la guerra civil china se convertiría en el primer conflicto de la guerra fría.

3. La consolidación de una gran potencia: Japón, 1894-1930

Una de las principales características de la política seguida por los líderes japoneses desde la Restauración fue la búsqueda de seguridad, respeto e igualdad en un contexto internacional hostil. Esta premisa, que marcaría su obra de gobierno, empezó a dar frutos durante las dos décadas que siguieron a la aprobación de la Constitución y la puesta en marcha del sistema del emperador. Japón se integró en el reducido grupo de las grandes potencias y empezó a probar los frutos del imperialismo, pero no por ello se sintió menos inseguro ni su ambición quedó colmada.

El constante juego de equilibrios de la política internacional dejó su impronta en el discurrir de la sociedad industrial que estaba tomando forma, ya que para mantener su posición ante el resto de competidores la lealtad nacional debía ser constantemente reforzada, había que subordinar las partes al conjunto, los ciudadanos al Estado. Y esto se daba en un contexto marcado por la presencia de imponentes fuerzas de dislocación social, por la dualidad entre un mundo urbano arrastrado por la modernidad y un mundo rural aferrado a la tradición.

Siguiendo la lógica usada para la construcción del nuevo Estado, el archipiélago nipón se observó en el espejo de occidente y trató de mitigar los principales focos de disensión interna que la industrialización podía provocar golpeando con una mano y acariciando con la otra. Y si bien su receta dio buenos resultados, como demostró la oleada de emoción que sacudió el país a la muerte del emperador Meiji en 1912, no pudo evitar un periodo de profunda crisis tras el fin de la Primera Guerra Mundial: crisis económica, crisis política, una crisis social que amenazó con socavar los cimientos de la nación y que desembocó en un auge ultranacionalista que abriría de par en par las puertas al estatalismo más agresivo en la década de 1930.

3.1. El despertar del imperialismo japonés

La década de 1890 supuso un hito en la singladura del nuevo Japón. Desde 1868 las energías de la nación se habían concentrado en el desarrollo interno, tratando de demostrar a Occidente que no merecía el trato semicolonial que se desprendía de los tratados desiguales. En 1894 su tenacidad se vio recompensada: tras largos años de peticiones desestimadas las potencias acordaron por fin derogar la extraterritorialidad, la más humillante de las cláusulas impuestas en la década de 1850. A las pocas semanas el gobierno Meiji ponía en marcha la primera de sus operaciones estratégicas, la guerra con China por el control de Corea, y diez años después nadie discutía su derecho a sentarse en la mesa principal del Gran Juego. Tras 1918 su posición no sólo se había consolidado sino que despertaba temor. Sin embargo, la lucha por el reconocimiento no

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved: **W. G. Beasley** (1991). *Japanese Imperialism, 1894-1945*. Oxford: Clarendon Press.

terminó ahí, puesto que el sentimiento de inseguridad había avanzado acorde con las ambiciones, de modo que se siguió exigiendo al pueblo esfuerzos redobrados para lograr la protección e incluso la extensión de los nuevos intereses territoriales, esfuerzos que requirieron una intensa actividad propagandística para evitar que germinaran las semillas de las consideradas fuerzas de desintegración social. El imperio mostraba la gloria del emperador y era obligación de todos los japoneses protegerlo y engrandecerlo.

3.1.1. La pugna por Corea

La prudencia y la circunspección mostrada por los oligarcas en política exterior no implicaban una falta de perspectiva estratégica, sino todo lo contrario. Sabían de la importancia de Corea para sus intereses, "una daga apuntando al corazón de Japón" (Myers y Peattie, 1984: 15). Así pues, a finales de la década de 1880, preocupados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos en China, Yamagata y el Estado Mayor del Ejército empezaron a planificar las medidas necesarias para asegurarse el control de la península, ya fuese directa o indirectamente. El aumento de la presencia rusa en las cercanías de Manchuria les hacía temer lo peor.

Corea había seguido históricamente una pauta similar a la de Japón. Había edificado un reinado que se legitimaba con una casta militar y un cuerpo de funcionarios confucianos y había vivido relativamente aislada, sacada de las ocasionales incursiones de japoneses y chinos que se habían producido a lo largo de la historia. El rey de Corea, siguiendo la pauta del comercio tributario, tenía una relación de cortesía especial con la corte manchú. Cuando llegaron los barcos occidentales pidiendo la apertura de las relaciones comerciales, Corea también se opuso y consiguió mantenerse al margen de las guerras del opio, quizás porque aquella zona todavía no había entrado en el Gran Juego del reparto colonial. Pero cuando Japón emprendió su proceso industrializador, quiso expandirse siguiendo el ejemplo de los países occidentales, y Corea era la región más cercana. Así fue como Japón, siguiendo estrictamente el ejemplo de los países occidentales, presionó para que Corea se abriera al comercio internacional por medio de los "tratados desiguales", cosa que se produjo en 1876 con el tratado de Kanghwa. En una década, Corea pactó acuerdos comerciales forzados con otras potencias. La China, apelando a su influencia histórica en la región, intentó por todos los medios mantener al rey de Corea como aliado preferente. Al mismo tiempo, los japoneses también querían que la corte coreana colaborara con los intereses nipones. La península se convirtió en un foco de conflicto cuando a esta situación se sumó Rusia y su voluntad de abrirse a la costa del Pacífico.

En 1894 la inestable situación interna de Corea les ofreció la oportunidad de actuar. El estallido de la rebelión Donghak, una rebelión que pretendía destronar el reinado vigente dio pie a la llegada de tropas chinas para sofocar la insurrección y los japoneses, por mor de los acuerdos Li-Itô, enviaron la suyas. Ante la desconfianza suscitada por Beijing y las facciones coreanas que reque-

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

M. Peattie (1988). "The Japanese colonial empire, 1895-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 217-270). Nueva York: Cambridge University Press.

I. Hata (1988). "Continental expansion, 1905-1941". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 271-314). Cambridge: Cambridge University Press.

R. Storry (1979). *Japan and the Decline of the West in Asia, 1894-1943*. Londres: Macmillan.

rían su apoyo, una vez aplastada la rebelión Tokio no tuvo ninguna prisa en retirarlas. La guerra estalló al cabo de poco tiempo, a principios de verano, y rápidamente quedó constancia de la superioridad naval y terrestre de las fuerzas niponas. En las islas se despertó un gran entusiasmo ante las primeras victorias, entusiasmo que contribuyó a fomentar el sentimiento nacionalista que los oligarcas sabían imprescindible para consolidar su proyecto. Por ejemplo, el periodista Tokutomi Soho escribía

"Ahora ya no nos sentimos avergonzados de presentarnos ante el mundo como japoneses [...] Antes no nos conocíamos a nosotros mismos, el mundo aun no nos conocía. Pero ahora que hemos contrastado nuestra fuerza, nos respetamos a nosotros mismos y somos respetados por el mundo. Es más, ¡sabemos que somos respetados!"

Citado por Pyle (1996, pág. 175)

Ocho meses después, tras la destrucción total de la flota china y la rendición de Weihaiwei, se declaró el armisticio. El 17 de abril de 1895 se firmaba el Tratado de Shimonoseki, por el que China se declaraba obligada a pagar una importantísima indemnización de guerra, ofrecía la apertura de puertos, negociaba acuerdos comerciales, reconocía la independencia de Corea y cedía a Japón varios enclaves estratégicos: las islas Pescadores, Formosa y la península de Liaodong. El éxito había sido espectacular.

Sin embargo, el resultado de la conflagración resultó esclarecedor y preocupante: el gigante continental estaba postrado y su territorio lacerado por las ambiciones coloniales, ambiciones que Japón pasaba a compartir. Dada su tardanza en entrar en la competición se conformaba con posiciones juzgadas vitales para la supervivencia de las islas pero incluso así la oposición a sus planes era grande. Sólo seis días tras la firma del tratado se produjo la llamada triple intervención, por la que Alemania, Francia y Rusia exigían la retirada de los japoneses de Liaodong, una nueva humillación justo en el momento en el que se empezaban saborear las mieles del triunfo. Cuando los rusos se hicieron con el control de la península, Tokio ya sabía cuál era el nuevo enemigo que debía batir y las medidas que había que tomar para conseguirlo. Hayashi Tadasu, el viceministro de Asuntos Exteriores, lo exponía así,

"Tenemos que construir astilleros para reparar nuestros buques, acererías que nos provean de armas y municiones. Tenemos que expandir nuestra red de ferrocarriles para movilizar con rapidez nuestras tropas y ampliar nuestra marina mercante para que pueda transportar a nuestros soldados a ultramar... Pero, por ahora, debemos mantener la calma y no precipitarnos, para alejar las sospechas que se ciernen sobre nosotros. Durante este periodo hemos de consolidar las bases de nuestra fuerza y esperar, atentos, a que un día llegue nuestra oportunidad en Oriente. Cuando ello se produzca Japón decidirá su propio destino y será no solo capaz de poner en su sitio a las potencias que desean interferir en sus asuntos sino de interferir, si es necesario, en los asuntos de estas potencias."

Citado por: R. Storry (1979). *Japan and the Decline of the West in Asia, 1894-1943* (pág 30). Londres: Macmillan.

Este hecho exigiría seguir requiriendo sacrificios a la población, puesto que los gastos militares para llevar a cabo tal empresa debían triplicarse. Los impuestos subieron y dejaron muy malparados a los estratos más bajos del mundo campesino, por lo que se pusieron en marcha programas a largo plazo en el

ejército y la armada. Demostrando haber entendido a la perfección los mecanismos de la política internacional, la diplomacia, en primer lugar, allanó el camino con Rusia para encontrar una posición de equilibrio de intereses en Corea y Manchuria y en 1902 consiguió un logro sin precedentes, la firma de la Alianza Anglo-Japonesa, que comprometía a apoyo mutuo en caso de enfrentamiento con más de un contendiente. Así no sólo se acababa con el aislamiento nipón sino que suponía el primer tratado militar en términos de igualdad que una potencia europea firmaba con una nación no occidental.

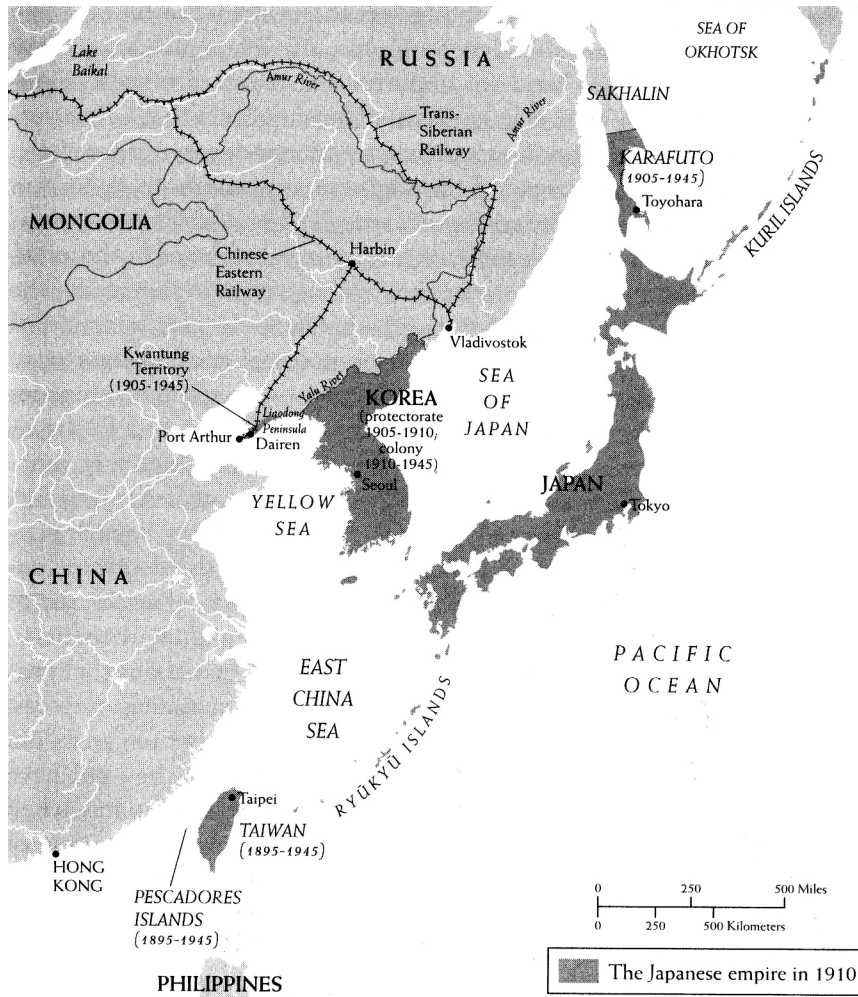
En 1904 los japoneses se sintieron preparados para devolver el golpe y asegurar sus posiciones en el continente. En un osado ataque por sorpresa sobre Port-Arthur destruyeron buena parte de la flota rusa en el mes de febrero, sin previa declaración de guerra. Se inició entonces un cruento conflicto que demandó una movilización sin precedentes de los recursos de las islas, dada la fortaleza de la resistencia rusa. Más de un millón de hombres fueron enviados al frente y la economía exigida al límite de sus posibilidades mientras maestros, sacerdotes sintoístas y funcionarios locales hablaban a la comunidad de la necesidad de sacrificarse en aras de la seguridad y la grandeza del Imperio. Pero el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, consciente de sus dificultades, estaba dispuesto a salir del conflicto cuanto antes: la derrota de la flota báltica del zar en la batalla del mar de Japón permitió la mediación del presidente de los Estados Unidos, Theodor Roosevelt, y unos meses después se firmaba en Portsmouth, New Hampshire, el tratado que ponía fin a la guerra. Japón veía reconocidos sus intereses en Corea y el sur de Manchuria y conseguía la península de Liaodong, la mitad meridional de Sakhalin y las islas Kuriles. Tras varias décadas de disputas parecía que por fin se había llegado a un equilibrio de fuerzas en el escenario de Asia oriental y que las potencias aceptaban sus respectivas áreas de influencia: Gran Bretaña tenía el valle del Yangtsé y el sur de China; Francia, Indochina; Alemania, la península de Shandong; Estados Unidos, las Filipinas, y por último Rusia y Japón, la zona noreste.

El prestigio internacional nipón aumentó aún más. En menos de cincuenta años había sido capaz de modernizar su sociedad, vencer a los occidentales y conseguir un statu quo favorable en Asia. Las naciones sometidas del continente convirtieron su ejemplo en foco de sus esperanzas.

Menos entusiasta fue la respuesta de la población de las islas, insatisfecha por la falta de una importante indemnización de guerra e intoxicada por la propaganda, y menos aún fue la de los coreanos, puesto que implicaba someterse a una explotación colonial: en noviembre de 1905 se estableció un protectorado sobre la península, con Itô Hirobumi como residente general. Las promesas de modernización se vieron rápidamente ensombrecidas por la dureza e inflexibilidad de las autoridades, tal como ya había sucedido en Formosa. Desde principios de siglo se habían planificado ambiciosos programas de construcción de ferrocarril, a la vez que se habían incrementado los intercambios de

productos textiles y otras manufacturas por cereales, pero los beneficios caían sobre todo del lado japonés. En 1909 Itô fue asesinado y un año después Tokio se anexionó el territorio, sin oposición exterior alguna.

El imperio japonés, 1910



Fuente: J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 313). Nueva York: Norton.

En Corea se inició un periodo oscuro de ocupación japonesa que duró diez años y que sería un preludio de lo que sucedería pocos años más tarde en una gran parte del territorio del continente asiático. Se calcula que un millón y medio de coreanos se fueron del país durante este periodo para establecerse en lugares tan dispares como Hawái, México, Rusia o China.

Voces minoritarias dentro de la sociedad japonesa, angustiadas por los sacrificios ofrecidos en el altar del imperio, empezaron a manifestar sus protestas, pero la opinión general iba en la dirección contraria. Pese a los logros conseguidos, los estrategas ponían más hincapié en la fragilidad y en la vulnerabilidad japonesa en el implacable escenario del Gran Juego, y en las medidas necesarias para subsanarlo, que en la posibilidad de retirarse a un segundo plano. El crecimiento del potencial militar era ineludible para mantener las posesiones insulares y continentales niponas y una vez más se apostó por exprimir

fiscalmente a la población a la vez que se solicitaban grandes empréstitos al exterior. No había lugar para las quejas, ya que el destino de Japón estaba en juego.

3.1.2. Seguridad, desarrollo y orgullo

En el trasfondo del imperialismo japonés podemos hallar tres grandes motivaciones. En primer lugar, la geoestrategia: ante la posibilidad de un vacío de poder debido a la debilidad de los agotados regímenes de China y Corea había que impedir que potencias enemigas se situaran frente a las costas de Japón. Por ello, ya en 1890 y bajo la dirección de Yamagata se diseñaron dos grandes zonas, una "zona de soberanía" y una "zona de ventaja" –que incluiría primero Corea y, tras ella, el sur de Manchuria–, zonas que había que proteger y asegurar. Como señala Mark Peattie,

"Muchas de las posesiones ultramarinas de los europeos fueron conseguidas en respuesta a las actividades de comerciantes, aventureros, misioneros o soldados que actuaban muy lejos de los límites de la autoridad o los intereses de Europa. En cambio las posesiones coloniales japonesas (con la posible excepción de Taiwan) fueron obtenidas, en todo momento, como resultado de la decisión deliberada de su gobierno de usar la fuerza para asegurarse territorios que contribuirían a las necesidades estratégicas inmediatas de Japón."

M. Peattie (1988). "The Japanese colonial empire, 1895-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 218). Nueva York: Cambridge University Press.

En segundo lugar, hay que señalar las necesidades de tipo económico y social. Como el resto de potencias industriales, Japón requería de materias primas y mercados. Asia y las islas del Pacífico actuarían como proveedores de las primeras y compradores de los productos que la industria nipona estaba presta a exportar. Había que construir ferrocarriles, exportar textiles, establecer nuevas fábricas antes de que el resto de competidores se avanzasen. Esto hizo que en la economía japonesa hubiera una clara conjunción de intereses entre la gran industria (muy concentrada en corporaciones de dimensiones enormes) y los objetivos militares. A la vez, en unos momentos en los que el aumento de población de las islas empezaba a ser acuciante, tenía que abrir territorios a la emigración (tablas 1 y 2).

Tabla 1. Población japonesa, 1870-1930 (en miles, aproximada hasta 1920)

Año	Población
1870	32.773
1880	36.649
1890	40.251
1900	44.359
1910	49.852

Fuente: adaptado de J.-N. Biraben (1993). "Le Point sur l'Histoire de la Population du Japon". *Population* (vol. 48, núm. 2, pág. 443-472). y, *Statistics Bureau, The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=000000030001>, consultado el 5 de septiembre de 2009)

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

M. Peattie (1988). "The Japanese colonial empire, 1895-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 217-270). Nueva York: Cambridge University Press.

R. Hackett (1971). *Yamagata Aritomo in the Rise of Modern Japan, 1838-1922*. Cambridge: Harvard University Press.

Año	Población
1920	55.963
1930	64.450

Fuente: adaptado de J.-N. Biraben (1993). "Le Point sur l'Histoire de la Population du Japon". *Population* (vol. 48, núm. 2, pág. 443-472). y, *Statistics Bureau, The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=00000030001>, consultado el 5 de septiembre de 2009)

Tabla 2. Población japonesa en ultramar, 1890-1920 (en miles)

Localización	1890	1900	1910	1920
Corea	7,2	15,8	171,5	347,8
Taiwán		37,954	98,04	166,6
Hawái	12,6	57,4	70,7	112,2
China	0,8	3,2	36,5	212,6
América	2,1	35,8	38,6	177,7

Fuente: adaptado de C. Totman (2005). *A History of Japan* (pág. 333). Oxford: Blackwell.

Y finalmente, el chovinismo, la voluntad de equipararse a aquellas naciones que se habían atrevido a humillar al País del Sol Naciente imponiéndole tratados desiguales. Si para asumir el estatus de primera potencia se necesitaba un imperio, había que adquirirlo y Asia era el territorio natural de expansión. Occidente, que se autodenominaba "civilizado", había señalado el camino que se debía seguir. Japón tenía la misión de ser el líder de Oriente y tender a sus retrasados vecinos la mano de la modernización.

3.1.3. La redefinición del orden internacional

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) iba a dinamitar el entramado tejido de las décadas anteriores a base de guerras y diplomacia. Japón se alineó con la Triple Entente, en virtud de sus acuerdos con los británicos y, en consecuencia, ocupó las concesiones alemanas en China (la península de Shandong) y sus territorios en el Pacífico (las Carolinas, las Marianas, las Marshalls, las Palaos y Yap).

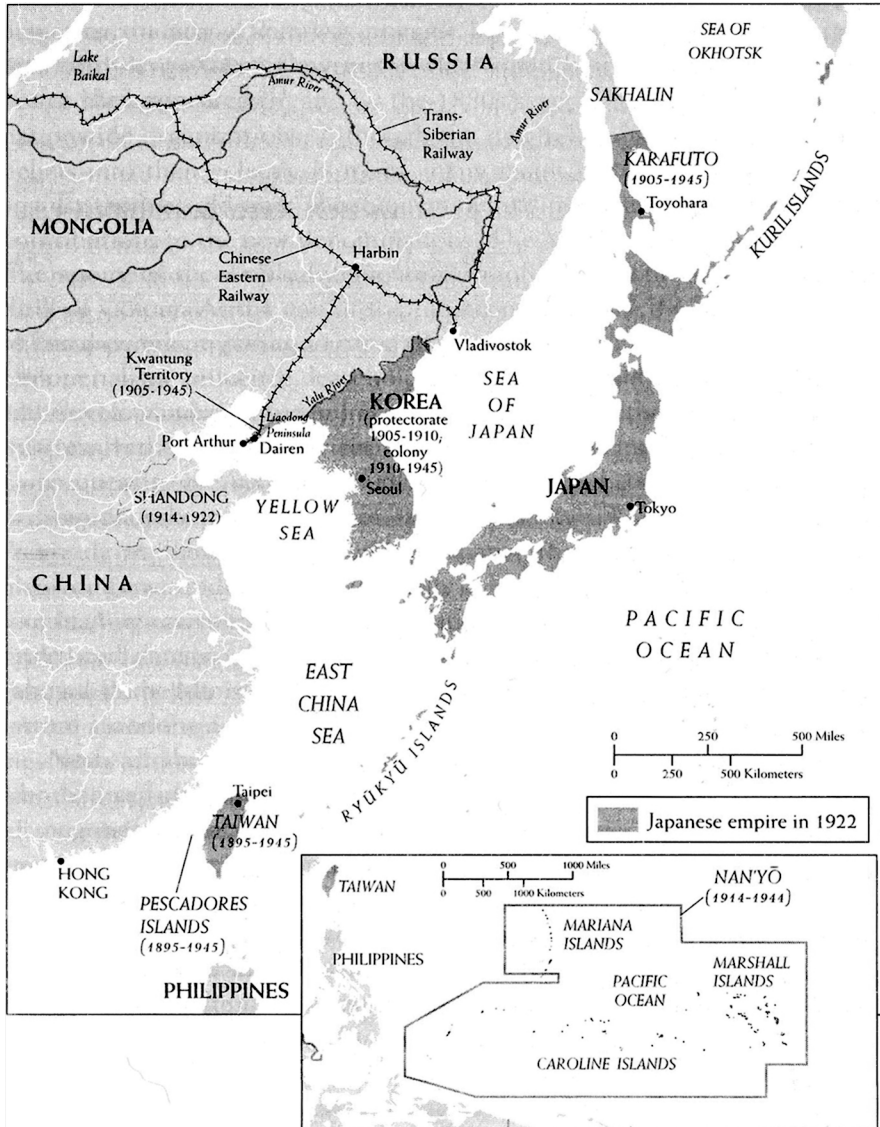
Cuando en 1915 el gobierno chino solicitó la reintegración de los antiguos enclaves germanos, el edificio acabó de desmoronarse al plantear Tokio las veintiuna peticiones y avanzar unilateralmente hacia un incremento de sus pretensiones en el continente: reconocimiento del control sobre Shandong, extensión de los monopolios en Manchuria y privilegios ferroviarios en el valle del Yangtsé, supervisión de los recursos minerales, fiscalización de la seguridad de puertos y ciudades, contratación de asesores militares y de gestión, venta de armamentos, entre otros; parecía que el objetivo japonés era la creación de un nuevo protectorado. La respuesta airada de británicos y estadounidenses y el enfado de varios de los oligarcas que no habían sido consultados –en espe-

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:
 C. E. Neu (1975). *The Troubled Encounter: The United States and Japan*. Nueva York: Wiley.

cial Yamagata– hicieron reconsiderar las demandas. Por el momento las tropas mantuvieron sus posiciones y se contentaron con apoyar a los corruptos Señores de la guerra cercanos a su área de influencia.

El imperio japonés, 1922



Fuente: J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 333). Nueva York: Norton.

Sin embargo, tal como temía el viejo estadista la liebre había saltado y a partir de ese momento los anglo-estadounidenses empezaron a observar con creciente desconfianza el potencial japonés. Hasta ese momento habían sido aliados de los británicos y mantenido relaciones cordiales con los estadounidenses – pese a algunos incidentes xenófobos a principios de siglo–, no en vano se estaban convirtiendo en uno de sus principales socios comerciales. A partir de ese momento Washington, firme defensor de la política comercial de puertas abiertas, se convirtió en el principal valedor de la independencia China. En la Conferencia de Paz de París, en 1919, además de ofender a la delegación japonesa al no incorporar una referencia a la igualdad racial, Wilson afirmó:

"[...] nada hay en lo que la opinión pública estadounidense sea más firme que en el hecho de defender que China no debe ser oprimida por Japón."

Citado por: C. E. Neu (1975). *The Troubled Encounter: The United States and Japan* (pág. 99). Nueva York: Wiley.

En aras de la presencia nipona en la Sociedad de Naciones y a su apoyo en el frente siberiano contra la Unión Soviética, en el Tratado de Versalles se reconocieron sus intereses en Shandong. Pero no cabe duda de que uno de los motivos de la cumbre sobre desarme que tuvo lugar en Washington entre 1921 y 1922 fue el temor al expansionismo japonés. La delegación enviada por Tokio hizo gala de haber entendido el nuevo orden internacional surgido de la Gran Guerra y aceptó un nuevo marco de relaciones basado en tres acuerdos: el Tratado de las Cuatro Potencias por el que británicos, estadounidenses, japoneses y franceses se obligaban a consultarse si sus intereses en la zona eran amenazados; el Pacto de las Nueve Potencias, que tenía como objetivo proteger a China de demandas unilaterales y en virtud del cual Japón se retiraba de Shandong, y el Tratado de las Cinco Potencias sobre la Limitación del Poder Naval, que implicaba que el número de acorazados y portaaviones de la flota nipona se encontraría en una proporción de tres a cinco respecto a los de las armadas británica y estadounidense. Obsta decir que el malestar en la cúpula militar y los círculos nacionalistas más exaltados fue mayúsculo y creó importantes tensiones a lo largo de la década.

Así pues, en la década de 1920, se había entrado en una nueva fase de las relaciones internacionales en Asia en la que Japón se percibía como un actor problemático. Se habían solucionado los primeros choques diplomáticos con las potencias occidentales y se llegó a un armisticio con la URSS en 1925. Pero tanto en China como en Corea el creciente movimiento nacionalista adoptaba proclamas antijaponesas como parte conspicua de su ideario. Era el precio que se debía pagar por la rapacidad y los temores inherentes al Gran Juego.

3.2. Un país al servicio de una causa: evolución socioeconómica, 1890-1930

La búsqueda de la grandeza tamizó la vida política, económica y social de Japón desde 1868 pero muy especialmente desde 1890. El complicado proyecto de crear una sociedad industrial tuvo que acomodarse a los requerimientos de la expansión imperial, de modo que a la dislocación o el estrés propios de procesos de emigración campo-ciudad, a las exigencias de nuevos modos de socialización, a la adaptación a estructuras laborales deshumanizadoras, a los cambios en el ritmo de la vida cotidiana y en la percepción del propio tiempo, hubo que añadir la presión derivada de la incertidumbre por una próxima movilización, el temor a la pérdida violenta de seres queridos o simplemente la preocupación por mantener un nivel de vida digno ante una presión fiscal cada vez más acuciante.

Cierto es que buena parte de la población permaneció en el campo y siguió condicionando con su modo de vida ancestral el tempo en el que se manifestaban las transformaciones, pero no lo es menos que la Primera Guerra Mundial supuso el despeque definitivo de la economía exportadora, que grandes corporaciones industriales denominadas *zaibatsu* se hicieron imponentes, que crecieron densas urbes en las que el modo de vida se hizo más alienante y en el que las respuestas a los retos e inquietudes empezaron a buscarse en otros ámbitos intelectuales. La elite dirigente trató de mantener bajo control la situación nutriendo al colectivo mediante un imaginario rico en tradiciones inventadas, realzando el sueño de una nación unida bajo un destino glorioso, pero a inicios de la década de 1920 se apreciaban ya signos de sobrecarga en el sistema. Un periodo marcado por la conjunción de crisis política, económica y social acababa de empezar.

3.2.1. El peso del mundo rural

A principios del siglo xx el 80 % de la población japonesa vivía aún en comunidades de menos de 10.000 habitantes y en 1930, momento en el que la población se había prácticamente doblado respecto a los 30 millones de personas de 1868, no sólo más de la mitad de la mano de obra todavía estaba empleada en la agricultura, sino que más de tres cuartas partes de los adultos con derecho a sufragio habían nacido en pueblos (tabla 3).

Tabla 3. Población rural y urbana, 1920-1930 (en %)

Año	Rural	Urbana
1920	18	82
1925	78,4	21,6
1930	76	24

Fuente: adaptado de *Statistics Bureau, The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=000000030001>, consultado el 5 de julio de 2009).

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved:

E. S. **Crawcour** (1988). "Industrialization and Technological Change". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 445-550). Nueva York: Cambridge University Press.

A. **Waswo** (1988). "The Transformation of Rural Society, 1900-1950". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 541-605). Cambridge: Cambridge University Press.

P. **Duus**; I. **Schemer** (1988). "Socialism, Liberalism, and Marxism, 1901-1931". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 674-710). Cambridge: Cambridge University Press.

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

R. J. **Smethurst** (1986). *Agricultural development and tenancy disputes in Japan, 1870-1940*. Princeton: Princeton University Press.

Estas cifras nos orientan sobre la gran importancia del mundo rural en la emergencia del Japón industrial, un aspecto que cabe retener para comprender la evolución sociopolítica de la nación. Desde el inicio del periodo Meiji los campesinos japoneses aumentaron su productividad, impidieron una caída drástica de los niveles de vida y con ello garantizaron que los cambios que se producirían a continuación se vivieran con una relativa tranquilidad (tabla 4). Contribuyeron a alimentar a la población creciente de las ciudades y a ofrecer productos para la exportación que serían imprescindibles para la obtención de divisas; con sus impuestos ayudaron al Gobierno a construir las infraestructuras necesarias para la industrialización y con sus ahorros dieron vida a los bancos que empezarían a crear el nuevo tejido industrial.

Tabla 4. Evolución de la productividad agrícola, 1880-1910 (en índice de producción en %)

Año	Índice de producción
1880	100
1885	110,6
1890	119,7
1895	122,5
1900	138,6
1905	152,1
1910	170,4

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 224). Nueva York: Norton.

Sin embargo, el proceso también tuvo sus costes y el grupo de los campesinos más ricos surgido en la última etapa del shogunado, los *gonô*, vio reforzada su posición de dominio tras la deflación de Matsukata (1881-1885). Como explica Crawcour,

"De este modo la proporción de tierra trabajada por aparceros se incrementó gradualmente a través del periodo, desde cerca del 35 % a inicios de la década de 1880 hasta casi el 45 % durante la I Guerra Mundial, con una tasa de aumento mayor en los momentos de depresión económica. Entre 1884 y 1886, en las postrimerías de la deflación de Matsukata, los levantamientos de tierras –muchos de ellos por impago de impuestos– transfirieron casi una octava parte de las tierras cultivables a manos de los acreedores. Hacia el final de la centuria, los terratenientes, un grupo particularmente influyente en los albores de la época Meiji, recogían unas rentas anuales que se aproximaban a la cuarta parte de la cosecha de arroz del país. Teniendo en cuenta que los impuestos habían bajado en cifras reales, el beneficio se desvió de las arcas del estado hacia sus propias cuentas. A principios del nuevo siglo se habían convertido en una de las fuentes principales de inversiones empresariales a la vez que una poderosa fuerza tanto en los asuntos locales como los nacionales."

E. S. Crawcour (1988). "Industrialization and Technological Change". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 408-409). Nueva York: Cambridge University Press.

Esta situación se agravó en las décadas siguientes cuando el programa de armamentos, las necesidades de las colonias y la expansión industrial obligaron a aumentar la presión impositiva directa e indirecta, estatal y local. A las tensiones de la aparcería se añadió la lenta pero constante erosión de la comunidad rural provocada por la expansión de la industria y los procesos migratorios. Tras la Primera Guerra Mundial, con la inflación de la posguerra, la competencia del arroz de Formosa y Corea y los altibajos del mercado de la seda de Nueva York, se produjo un aumento considerable de las reivindicaciones de la población agrícola. Cuando se hundieron las exportaciones en 1929 y se retornó al patrón oro, la situación empeoró. En 1917 el número de sindicatos agrícolas no alcanzaba los 200 mientras que en 1930 sobrepasaba los 4.000, enfrentados a los terratenientes por las condiciones de teneduría (tabla 5).

Tabla 5. Disputas por cuestiones de aparcería, 1920-1929

Año	Número de disputas	Número de aparceros sindicados
1920	480	0
1923	1917	163.931
1926	2751	343.693
1929	2434	315.771

Fuente: adaptado de R. J. Smethurst (1986). *Agricultural development and tenancy disputes in Japan, 1870-1940* (pág. 321, 347). Princeton: Princeton University Press.

Parte de la población agrícola empezaba a utilizar los instrumentos de la nueva sociedad para tratar de mejorar sus condiciones de vida: escuelas, la prensa, el aumento de las comunicaciones y el servicio militar, que disminuyeron su dependencia de los grandes propietarios. En palabras de Waswo:

"La pobreza ya no era su destino sino el producto de circunstancias que ellos podían cambiar. Las condiciones económicas de la tenencia no eran su única preocupación. Los sindicatos presionaron para que se ampliase el derecho a voto y representación en los gobiernos locales a todos los residentes, sin discriminación censataria; a favor de impuestos locales menos regresivos, de salarios consensuados por las labores comunales y de una mayor presencia de los pequeños y medianos propietarios en las asociaciones agrícolas y las cooperativas. Para reducir su dependencia de la élite local algunos sindicatos compraron sus propios suministros para las ceremonias funerarias y establecieron fondos de ayuda mutua en prevención de desastres naturales. Pese a que empleaban en parte el antiguo lenguaje deferente – usando por ejemplo la palabra petición (*tangari*), que mantenía connotaciones de 'súplica de ayuda' – concibieron un nuevo vocabulario afectivamente neutro para describir las rentas y las relaciones entre terratenientes y aparceros."

A. Waswo (1988 "The Transformation of Rural Society, 1900-1950". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 578). Cambridge: Cambridge University Press.)

Así pues, no se trataba de manifestaciones radicales. El campo mantenía sus valores comunitarios como la cooperación, la deferencia a la autoridad o la aceptación de consensos, unos valores que encajaban a la perfección con el mensaje que el Gobierno había empezado a expandir tras 1880 y que las elites

locales transmitían en el día a día a sus conciudadanos a través de escuelas, templos, asociaciones de jóvenes, de militares y de mujeres. El Japón rural espabilaba y de un modo pragmático trataba de mejorar sus niveles de bienestar.

3.2.2. Una industrialización dual

El sector director del proceso de industrialización japonés hasta 1930 fue el textil (tablas 6 y 7). En 1890 el país aún importaba hilo de algodón, pero en la década de 1920 ya dominaba el mercado mundial de estos tejidos. Aparte del textil, el sector industrial vinculado al ejército (maquinaria, armas y de transporte, y comercio exterior) fue el otro gran protagonista de la industrialización de Japón.

Tabla 6. Producción manufacturera por sectores, 1877-1938

Año	Industria ligera	Industria pesada	Otras
1877	68,6	13,6	17,8
1900	72,7	13,3	14
1920	58,4	30,4	11,2
1938	38,1	51,4	10,5

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 360). Nueva York: Norton.

Tabla 7. Porcentaje del sector textil en el total de la producción manufacturera, 1877-1938

Año	%
1877	10,1
1900	25,5
1920	27,8
1938	23,6

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 360). Nueva York: Norton.

Es muy interesante comprobar que gran parte de este trayecto lo había realizado mediante una densa red de pequeñas y medianas empresas que habían sabido adaptarse al ritmo de los tiempos porque pone de manifiesto uno de los hechos distintivos del periodo: la existencia de una dualidad no sólo entre agricultura/industria sino entre industria de origen tradicional/industria moderna. Mientras la primera floreció en parte de la mano del pequeño capital privado relacionado con las manufacturas ligeras, la segunda dependió en gran manera de la connivencia entre el Gobierno y los zaibatsu por su carácter estratégico. Esta dualidad repercutiría en el alcance de la legislación laboral y

Bibliografía

Para profundizar en este tema, ved:

T. Smith (1988). *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920*. Berkeley: University of California Press.

E. P. Tsurumi (1990). *Factory Girls: Woman in the Thread Mills of Meiji Japan*. Princeton: Princeton University Press.

en el nivel de los salarios, de modo que las condiciones de los trabajadores del textil siempre fueron sensiblemente inferiores a las del resto, lo que empeoró a medida que disminuía la calificación y el tamaño de la empresa (tabla 8).

Tabla 8. Diferencias salariales por firmas, 1909-1932 (en % del salario índice)

Número de trabajadores	1909	1914	1933
+ 500	100	100	100
100-500	101,4	93,6	89,2
50-100	99	92,5	81,1
10-50	92,5	85	74
5-10	84,5	79	61,2

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 364). Nueva York: Norton.

Seguramente no fue ajeno a ello el hecho de que la mano de obra mayoritaria en estas industrias fuese femenina, muchachas de doce a dieciocho años procedentes de familias pobres del campo (tabla 9). Sus condiciones de trabajo eran deplorables con jornadas extenuantes en un ambiente insalubre, encerradas en dormitorios colectivos por la noche para impedir las fugas, con camas compartidas. Sólo una de cada diez aguantaba más de tres años este ritmo de vida. Las huidas estaban a la orden del día y un porcentaje no desestimable acaba en los prostíbulos de las ciudades.

Tabla 9. Trabajadoras en el sector textil algodónero, 1899-1909

Año	Número de fábricas	Trabajadoras	% total de empleados
1899	1.370	114.000	82
1909	4256	177.000	84

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 249). Nueva York: Norton.

La Gran Guerra supuso una época dorada para el emergente capitalismo japonés que ganó mercados y triplicó las exportaciones (tablas 10, 11 y 12). Los zaibatsu incrementaron en tamaño y en influencia gracias a una acentuación de los procesos de concentración de capital. La dualidad entre los grandes grupos industriales y el resto de actores económicos se hizo aún más evidente y su intervención en la legislación laboral, de patentes e impositiva, fue proverbial, aunque no demasiado diferente de la ejercida por los cárteles de Europa o los Estados Unidos.

Tabla 10. Evolución del PIB, 1885-1930 (en miles de millones de yenes constantes a precios de 1934-1936)

Año	PIB
1885	3,7
1895	5,7
1905	6,2
1916	10,1
1926	13,1
1930	13,7

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 360). Nueva York: Norton.

Tabla 11. Distribución de las exportaciones e importaciones, 1877-1936 (en %)

Periodo	Importación de materias primas	Importación de manufacturas	Exportación de materias primas	Exportación de manufacturas
1877-1886	10,3	89,7	39,5	60,5
1892-1901	36,4	63,6	21	79
1912-1921	52,6	47,4	9	91
1927-1936	61	39	6,7	93,3

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 361). Nueva York: Norton.

Tabla 12. Tasa de crecimiento del PIB y las exportaciones, 1900-1944 (en %)

Año	Crecimiento del PIB	Crecimiento de las exportaciones
1900-1913	1,9	8,4
1913-1919	6,2	6,5
1919-1931	1,6	5,8
1931-1937	6,2	12,3
1937-1944	-1,3	-11,4

Fuente: adaptado de T. Nakamura (1988). "Depression, recovery, and war, 1920-1945". A: P. Duus (ed.) *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 452). Cambridge: Cambridge University Press.

Al entrar en la década de 1920 el país se instaló en una atmósfera de inestabilidad económica que dio lugar a un periodo marcado por las crisis financieras, la deflación y, finalmente, a partir de 1929, por la Depresión. Nakamura describe precisamente la situación de este modo:

"Debido a la prolongada crisis, que sacudió al país entre el final de la I Guerra Mundial y el pánico financiero de 1927, las bancarrotas se sucedieron con rapidez, en particular en aquellos sectores que se habían expandido durante la guerra. Las firmas que lograron sobrevivir se vieron forzadas a disminuir el alcance de sus operaciones y muchos trabajadores quedaron en paro, a la vez que se congelaban las nuevas contrataciones. Por otra parte, sin embargo, el número de pequeños y medianos negocios aumentó debido a que parte de los obreros que se quedaron sin trabajo crearon sus propios negocios. Se trataba de empresas con niveles salariales muy bajos, pequeños comercios y servicios que absorbieron a aquellos que no podían escoger sus condiciones laborales y que buscaban empleo para poder subsistir. Por esta razón la población urbana continuó aumentando [...] los únicos que continuaron con normalidad sus asuntos en este agitado periodo fueron los capitanes de la industria textil y las compañías que pertenecían los grandes zaibatsu como Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo, y Yasuda, que disponían de fondos suficientes y gozaban de una gestión adecuada."

T. Nakamura (1988). "Depression, recovery, and war, 1920-1945". A: P. Duus (ed.) *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 458). Cambridge: Cambridge University Press.

Cuando la economía mundial se contrajo en 1929, el mercado de exportaciones se derrumbó –lo que afectó sobre todo a la industria de la seda–, de modo que los procesos de concentración continuaron. Sólo cuando se abandonó el patrón oro, a finales de 1931, la situación económica empezó a mejorar.

3.2.3. La difícil búsqueda de la cohesión social

Que la doble presión ejercida sobre la sociedad por la industrialización y el imperialismo iba a tener importantes costes era algo que políticos, burócratas e intelectuales sabían de antemano. A medida que avanzaba el proceso tomaron conciencia de que Occidente había tenido que pagar un precio en forma de desasosiego social, de lucha de clases, y trataron de avanzar al problema, aunque no siempre con igual fortuna. Desde 1890 se fueron sucediendo periódicos estallidos populares, aunque de moderada intensidad, gracias quizás a esta temprana conciencia de lo que se avecinaba. El desarrollo económico y la expansión imperial dependían de ello.

La primera prueba de fuego tuvo lugar tras la guerra con China en 1894 cuando un reducido grupo de obreros cualificados e intelectuales trataron de organizar sindicatos de oficio animados por su conocimiento del socialismo europeo. La respuesta del Gobierno en 1900, mediante la Ley de Preservación de la Paz, fue la prohibición de las huelgas y otras medidas de actividad sindical. No estaba dispuesto a que la intranquilidad creciera y en los años siguientes frustró las tentativas de organización del mundo laboral que el Estado o los capitanes de la industria no pudieran controlar. En 1911 la Dieta aprobó la primera Ley de Fábricas que, inspirada en el modelo alemán, marcaba unas pautas mínimas para las empresas de más de quince trabajadores.

Uno de los burócratas que propiciaron la ley apuntaba:

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

A. Gordon (1985). *The Evolution of Labor Relations in Japan: Heavy Industry, 1853-1955*. Cambridge: Harvard University Press.

D. Kinzley (1991). *Industrial Harmony in Modern Japan: The Invention of a Tradition*. Nueva York: Routledge.

S. Vlastos (ed.) (1998). *Mirror of Modernity: Invented Traditions in Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.

M. Lewis (1990). *Rioters and Citizens: Mass Protest in Imperial Japan*. Berkeley: University of California Press.

"La fábrica se convertirá en una gran familia: el gerente será el hermano mayor y el capaz el que le sigue en edad. El propietario actuará como un padre. Las huelgas serán impensables y esperamos que aumente la productividad del capital – la base para el avance del poder y la riqueza de la nación."

Citado por: S. Garon (1987). *The State and Labor in Modern Japan* (pág 30). Berkeley: University of California Press.

Una vez más se apelaba al paternalismo, a los valores tradicionales, a la familia-nación, a la lealtad, a la obediencia, a la cooperación y al sacrificio. En realidad, como comenta Gordon (1985), se había iniciado una dialéctica que implicaba a empresarios, trabajadores y funcionarios que aprovecharía este tipo de lenguaje para tratar de evitar mayores dislocaciones sociales. Los trabajadores entraron en el juego, pero exigiendo muestras reales de benevolencia con las que mejorar su situación por lo que, si bien no hubo un movimiento sindical fuerte, se formaron grupos reivindicativos en talleres y fábricas para tratar directamente con los patrones y, poco a poco, mejorar las condiciones de trabajo. Y los propietarios cedieron, aunque de modo relucante, sobre todo ante el colectivo con mayor cualificación, preocupados por el gran número de abandonos y el temor al desarrollo de un movimiento socialista. Los grandes zaibatsu, como Mitsubishi o las empresas líderes del mundo textil, fueron pioneros en este sentido, al ofrecer trabajo de por vida, seguros por enfermedad y jubilación, incrementos salariales por antigüedad y otros beneficios laborales como vía para asegurarse la fidelidad de los empleados.

El mismo esfuerzo cohesionador se efectuó en el campo. El Gobierno puso en marcha mecanismos para facilitar la mejora de la comunidad campesina estimulando la implantación de nuevos cultivos o industrias en las zonas rurales, la formación de cooperativas y la integración de sus miembros en asociaciones de ámbito estatal, ya fueran de jóvenes o de militares. A la vez se revitalizó el sintoísmo focalizado en el emperador y, sobre todo, se adoctrinó diariamente a los niños en las escuelas de educación primaria. En 1900 el 95% estaba correctamente escolarizado. Para las mujeres se preparó un mensaje especial: la nación les demandaba que fuesen buenas esposas y madres prudentes que gestionaran frugal y eficazmente el hogar y criaran con premura a los niños. Para ello recibían una educación específica:

"El hombre tiene que trabajar y ganar el sustento de la familia, cumplir con sus deberes con el Estado. La mujer debe ayudarlo en interés del hogar y como parte de sus obligaciones con el Estado. Con simpatía y coraje, tiene que ahorrarle las ansiedades cotidianas, ocuparse de los asuntos de la casa, de su economía y, sobre todo, del cuidado adecuado de los mayores y de los niños."

Citado por: T. Smith (1988). *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920* (pág 8). Berkeley: University of California Press.

Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial se encendieron todas las señales de alarma: la sociedad se había vuelto más compleja y la época de crisis económica que se inició aumentó la tensión, lo que generó entre las elites un sentimiento de temor a la desintegración social que llevó a intensificar la propaganda nacionalista y a reprimir cualquier brote izquierdista. El malestar popular estalló con los motines del arroz, en 1918, durante los cuales miles de

personas en distintas prefecturas asaltaron los comercios como protesta por los altos precios que había alcanzado el cereal. Hubo que movilizar al Ejército. Durante los años siguientes las uniones sindicales en el campo y las empresas proliferaron y el lenguaje de la radicalidad empezó a hacerse oír: socialismo, comunismo, democracia wilsoniana... e incluso feminismo sufragista. Las aprensiones de la clase dirigente fueron en aumento. Pero pese a la fundación anecdótica del Partido Comunista en 1922, rápidamente sometido a todo tipo de intimidación policial, el miedo al caos parecía francamente exagerado: en el campo imperaban los valores tradicionales y en la industria la mayoría femenina estaba demasiado sometida a presiones sociales y familiares para abrazar ideologías revolucionarias. Su primera opción seguía siendo huir. La afiliación entre los hombres también era minoritaria como lo eran los intelectuales defensores de propuestas más rompedoras (tablas 5, 13 y 14).

Tabla 13. Evolución del movimiento sindical, 1919-1931

Año	Número de sindicatos	% de trabajadores sindicados
1919	187	–
1921	300	–
1923	432	–
1925	457	5,6
1927	505	6,5
1929	630	6,8
1931	818	7,9

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 370). Nueva York: Norton.

Tabla 14. Disputas laborales, 1897-1931

Año	Número de disputas	Año	Número de disputas
1897	32	1918	417
1900	11	1921	246
1903	9	1924	333
1906	13	1927	383
1909	11	1929	576
1912	49	1931	998
1915	64		

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 372). Nueva York: Norton.

Los desordenes xenófobos tras el gran terremoto de Kanto de 1923 mostraron signos claros de la volatilidad de la sociedad de masas. Aunque ningún grupo fuese capaz de controlarlo, el descontento existía y para apaciguarlo se amplió la comunidad política, tratando de convertir el sufragio en una válvula de seguridad para el control del nerviosismo popular y para mejorar la integración nacional. En 1925 se aprobaba el derecho a voto de todos los hombres mayores de 25 años no incapacitados. Pero al mismo tiempo se promulgó una nueva Ley de Preservación de la Paz que limitaba el debate político a aquellas formaciones que no cuestionaban la forma de gobierno ni la propiedad privada y se intensificó el programa de encuadramiento de la población mediante las agencias de socialización estatales.

La entrada en la Gran Depresión volvió a empeorar la situación, por lo que la firmeza de la cohesión social sería sometida a nuevas exigencias. Sirva, para comprenderlo, esta sucinta descripción de Nakamura,

"Distintas fuentes nos informan de retrasos de medio año en el pago de los salarios de los maestros rurales debido a la caída de la recaudación local de impuestos, y de un incremento de los hogares a los que se cortó el suministro de electricidad. En las áreas metropolitanas creció el número de desempleados y la mayoría de los licenciados recién salidos de las universidades eran incapaces de encontrar una ocupación."

T. Nakamura (1988). "Depression, recovery, and war, 1920-1945". A: P. Duus (ed.) *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 465). Cambridge: Cambridge University Press.

3.3. El aumento de la tensión política

Entre 1890 y 1930 el sistema político diseñado por los adalides Meiji alcanzó su madurez. A lo largo del periodo quedó en evidencia que el estrecho margen que los oligarcas habían deseado dar a la comunidad política iba a ser ampliamente sobrepasado y que su buen funcionamiento dependería de los acomodos que las distintas facciones de la elite asumieran en cada momento. Tras una primera etapa dominada por el *genrō*, a principios de la década de 1920, la extinción física de sus figuras señeras dejó en manos de los partidos el arbitraje de los equilibrios. Las tremendas dificultades de este periodo pasaron factura al sistema: tras una fase de desorientación en los liderazgos, que no supieron sobreponerse a la crisis económica y social de la década de 1920 ni a las exigencias del imperialismo, el ultranacionalismo alimentado desde las propias instituciones del Estado iba a hacer estragos en la vida política y abocar al país a una gran crisis a principios de la década de 1930 de la que saldría reforzado el estatalismo más autoritario.

3.3.1. Las directrices de la oligarquía

Cuando en 1890 entró en vigor la Constitución Meiji, el diseño que tenían en mente personajes como Itō y Yamagata era el de una estrecha comunidad política en la que el poder efectivo quedaba en manos del reducido círculo de elegidos que aconsejaba directamente al monarca. El papel que reservaban a la Dieta era el de mera comparsa: permitiría dar salida al malestar a los miembros

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

R. Sims (2001). *Japanese Political History since the Meiji Renovation, 1868-2000*. Nueva York: Palgrave.

T. Mitani (1988). "The Establishment of Party Cabinets, 1898-1932". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 55-94). Cambridge: Cambridge University Press.

más activos de la nueva sociedad a la vez que garantizaba un aura de modernidad institucional. Tardaron poco en darse cuenta de que habían cometido un error, los partidos que formaban la Cámara Baja pasaron a convertirse en un elemento importante de la vida política por dos razones: podían entorpecer la legislación y, sobre todo, podían bloquear el presupuesto. La argucia de permitir la prórroga del monto antecedente establecido en la carta resultó inefectiva en un contexto en el que las ambiciones imperialistas engordaban año tras año las cuentas del Estado. Tras una primera etapa de escaramuzas continuas tras la guerra con China empezó una época de mayor colaboración, aunque llena de desconfianzas. Hasta el año 1900, momento en el que Itô aceptó la presidencia del Seiyūkai (Amigos del Gobierno Constitucional), los partidos no empezaron a integrarse de un modo estable en los centros del poder. Por fin les fue permeada la puerta de la burocracia y, mediante ella, la de la jurisdicción local, de la mano de políticos de la astucia de Hara Kei (Takashi, 1986-1921). La hegemonía ejercida por esta formación conservadora forzó a coaligarse en su contra al resto de competidores: en 1913 surgió el Dōshikai (Asociación de Amigos de la Constitución), que tres años después pasaría a llamarse Kenseikai (Partido Constitucional). El 1927 volvería cambiar su nombre por el de Minseitō (Partido Constitucional Democrático).

Con la entrada de los partidos en la palestra, el juego de equilibrios de la elite política japonesa quedaba al completo y contaba con los siguientes actores. En primer lugar, aquellos que aconsejaban directamente al emperador, entre los que destacaba el *genrō*, formado por los primeros oligarcas de la era Meiji. En segundo lugar, estaban los miembros de la Cámara Alta, los Pares del Imperio, que tenían la posibilidad de bloquear la legislación de la Cámara Baja. En tercer lugar, había los miembros más preeminentes de la burocracia del estado, formados en su mayoría en la prestigiosa Universidad Imperial de Tokio y seleccionados mediante un durísimo sistema meritocrático. En cuarto lugar, teníamos los militares, responsables sólo ante el monarca, celosos de su independencia, con capacidad para influir en la elección de los ministerios castrenses y mantener en el exterior sus propios representantes. En quinto lugar, estaban los líderes de los zaibatsus, con estrechos lazos tanto con el Gobierno, para establecer sinergias mutuas, como con los partidos, necesitados de recursos financieros. Y finalmente estos últimos, que eran los depositarios del voto censatario y del poder legislativo. Se trataba de una maquinaria difícil de ajustar y más teniendo en cuenta la existencia de facciones enfrentadas dentro de cada uno de los grupos. Hasta la década de 1920 los miembros del *genrō* mantuvieron un cierto dominio de la situación pero, tras la muerte de Yamagata en 1922 y Matsukata en 1924, el protagonismo en la mediación de los distintos intereses en liza recayó cada vez más en manos del Seiyūkai y el Kenseikai/Minseitō (tabla 15).

Tabla 15. Primeros ministros, 1885-1918

Periodo	Nombre
1885-1888	Itô Hirobumi

Periodo	Nombre
1888-1889	Kuroda Kiyotaka
1889-1891	Yamagata Aritomo
1891-1892	Matsukata Masayoshi
1892-1896	Itô Hirobumi
1896-1898	Matsukata Masayoshi
1898 (ene-jun)	Itô Hirobumi
1898 (jun-nov)	Ôkuma Shigenobu
1898-1900	Yamagata Aritomo
1900-1901	Itô Hirobumi
1901-1906	Katsura Tarô
1906-1908	Saionji Kimmochi
1908-1911	Katsura Tarô
1911-1912	Saionji Kimmochi
1912-1913	Katsura Tarô
1913-1914	Yamamoto Gonnohyôe
1914-1916	Ôkuma Shigenobu
1916-1918	Terauchi Masatake

3.3.2. La preeminencia de los partidos

Entre 1918 y 1932 los partidos ocuparon la posición central en la trama de la clase dirigente japonesa. El control que ejercían sobre el legislativo les permitió negociar su progresiva infiltración en el aparato burocrático del Estado y, desde éste, crear una red de apoyos en los ámbitos local y regional mediante la confección y aprobación de planes de desarrollo. No proponían grandes reformas ni abanderaban causas populares, sino que se habían limitado a jugar bien las cartas que el engranaje constitucional les había dado. Los costes en integridad e independencia parecían bien amortizados cuando en el difícil septiembre de 1918, tras los disturbios del arroz, Hara fue nombrado primer ministro con el apoyo de Yamagata, lo que inauguró más de una década de gabinetes partidarios ya con predominio del Seiyûkai (1918-1922, 1927-1929 y 1931-1932) y del Kenseikai/Minseitô (1924-1927 y 1929-1931) (tabla 16).

Tabla 16. Gabinetes de partido, 1918-1932

Año	Primer ministro	Partido
1918-1921	Hara Kei (Takashi)	Seiyukai

Año	Primer ministro	Partido
1921-1922	Takahashi Korekiyo	Seiyukai
1922-1923	Kato Tomosaburo	Transcendental (no partidista)
1923-1924	Yamamoto Gonnohyoe	Transcendental
1924	Kiyoura Keigo	Transcendental
1924-1926	Kato Komei (Takaaki)	Coalición (Kenseikai, Seiyukai, Club Reformista)
1926-1927	Wakatsuki Reijiro	Kenseikai
1927-1929	Tanaka Giichi	Seiyukai
1929-1931	Hamaguchi Osachi	Minseitô
1931	Wakatsuki Reijiro	Minseitô
1931-1932	Inukai Tsuyoshi	Seiyukai

Ambas formaciones se asentaban en estructuras clientelares que se extendían por la maquinaria política y militar estatal, el mundo de los negocios y los terratenientes locales. Tenían una orientación conservadora muy similar, acorde con el diseño establecido en 1890: emperador, imperio, capitalismo. Desconfiaban de la participación popular y, si en 1925 se aprobó la ampliación del sufragio, no fue por considerarlo un derecho sino como mecanismo para asegurar la cohesión nacional. El Kenseikai/Minseitô era un poco más liberal, más próximo a las clases medias que empezaron a florecer en las ciudades tras la Gran Guerra, por lo que pronto se convirtió en el principal objeto de las iras de los ultranacionalistas. Sus propuestas reformistas, sobre todo a partir de 1929, nunca superaron el obstáculo de la Cámara Alta y sucumbieron ante los embates que sacudieron la vida política: depresión económica, crisis de Manchuria y atentados de la derecha radical.

Así pues, los partidos no promovieron grandes cambios en la estructura del Estado. Trataron de coordinar los distintos centros de poder del sistema Meiji, pero no actuaban precisamente a su favor ni en el de la sociedad, que había crecido en tamaño y complejidad, ni para solventar las inquietudes que atravesaba el periodo. La necesidad de competir para conseguir el gobierno y las continuas acusaciones de corrupción y connivencia chocaban con el mensaje armonizador con el que se adoctrinaba a las masas desde la infancia, con una ética comunitaria que anteponía la subordinación, la lealtad, la obediencia y el sacrificio al propio interés, en la que el emperador era un padre para la nación. La denominada democracia Taisho se asentó, pues, en unas débiles bases y filosóficamente tenía poco en común con ideologías emancipadoras. Cuando finalmente se produjo el gran estallido de 1932, debido a los sucesos en China, la supremacía de los partidos no sobrevivió. Quizás fuera el sentir de un militar moderado el que mejor resumía la situación:

"El bipartidismo político puede ser un modo sensato de generar políticas adecuadas en una nación rica y avanzada. Pero un país pobre que se ha desarrollado con retraso necesita buscar el bienestar de su pueblo no solo en el interior de sus fronteras sino en el exterior. Ello requiere de unidad nacional y el conflicto permanente entre dos partidos no es bienvenido."

Citado por: A. Gordon (1991). *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan* (pág 268). Berkeley: University of California Press.

4. Autoritarismo y belicismo, 1930-1945

Entre 1928 y 1932 la sociedad japonesa se vio abocada a un momento crítico marcado por la Gran Depresión, las tensiones sociales y los conflictos entre las elites sobre el camino que se debía seguir en política interior y exterior. En un país acostumbrado a solventar los riesgos de dislocación mediante un continuo adoctrinamiento nacionalista, no debe sorprender que para afrontar la situación surgieran posiciones maximalistas que en algunos momentos rubricarían el ritmo de los acontecimientos.

Así, el incidente de Manchuria cortó los lazos con la pauta de colaboración con las potencias establecida desde 1868 y dejó a Japón solo ante sus ambiciones en el resto de Asia, lo que le alejaba de sus aliados anglo-británicos y le acercaba a los fascismos europeos en auge. Tras el cambio en los contrapesos de la clase dirigente que supuso el fin de la supremacía de los partidos, el estatalismo autoritario reivindicó su autonomía estratégica y cultural de la mano de un discurso extremo para movilizar al pueblo nipón, un discurso que acabaría comportando una guerra total que supuso tres millones de muertos, la destrucción de las infraestructuras del país, la pérdida del imperio y la ocupación de las islas. Se trataba de un discurso que dejaría a varias generaciones señaladas por el trauma.

4.1. El fin de la supremacía de los partidos

Al inicio de la década de 1930, los delicados equilibrios que caracterizaban la vida política japonesa estaban a punto de saltar a un nuevo estadio. Los partidos, que habían conseguido una posición privilegiada entre las elites desde 1918, atravesaban un momento de gran debilidad acuciados por tres grandes focos de problemas: el aumento de las tensiones con China, la gran crisis económica iniciada en 1929 y el auge del radicalismo ultranacionalista.

El ejército de Kwantung, la unidad de las fuerzas armadas encargada de proteger los intereses nipones en Manchuria, empezó a ganar un protagonismo creciente a partir de 1928. Desde la expedición hacia el norte del Kuomintang, las tensiones entre el Gobierno nacionalista chino y Tokio habían aumentado. A medida que las fuerzas de Chiang Kai-shek avanzaban hacia el norte, el nerviosismo cundía entre las unidades del Kwantung que veían amenazadas sus posiciones en la región. En estas circunstancias, elementos extremistas concibieron un plan de desestabilización de la región que pasaba por asesinar al Señor de la guerra que dominaba Manchuria y aprovechar el desconcierto subsiguiente para hacerse con el control de todo el territorio. El proyecto no

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este apartado, ved:

G. Berger (1988). "Politics and Mobilization in Japan, 1931-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 97-153). Cambridge: Cambridge University Press.

I. Hata (1988). "Continental expansion, 1905-1941". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 271-314). Cambridge: Cambridge University Press.

T. Nakamura (1988). "Depression, recovery, and war, 1920-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 451-493). Cambridge: Cambridge University Press.

H. B. Bix (2001). *Hirohito and the Making of Modern Japan*. Nueva York: Harper Collins.

se materializó en su totalidad pero la incapacidad de Tokio para castigar a los responsables del atentado lanzó una señal inequívoca sobre la creciente debilidad de los gobiernos partidistas frente al estamento militar.

El Gobierno se mostró también pusilánime en el momento de afrontar la realidad de la Depresión. La caída brutal de las exportaciones entre 1929 y 1931 dejó en muy mala situación a obreros y granjeros pero, más allá de fomentar una oleada de histeria antisocialista y de incrementar el volumen del discurso patriótico, no se tomaron medidas paliativas para atenuar los efectos sociales de la crisis (tabla 17).

Tabla 17. Detenciones de militantes de izquierda, 1928-1935

Año	Detenciones
1928	3.426
1929	4.942
1930	6.124
1931	10.422
1932	13.938
1933	14.622
1934	3.994
1935	1.718

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 429). Nueva York: Norton.

Tal como señala Berger:

"La política fiscal y económica del gobierno, diseñada por el ministro de finanzas Inoue Junnosuke, se centró en un retorno al patrón oro, deflación, restricciones monetarias y reducción del presupuesto nacional. Pese a que Japón pudo volver al patrón oro en 1930 – en medio de la Gran Depresión –, las políticas del Minseitō hicieron poco para mitigar la severidad de la pobreza y la angustia del mundo rural, la tendencia hacia crecientes concentraciones de riqueza y poder entre los carteles financieros e industriales, y las crecientes diferencias salariales entre pequeñas y grandes empresas."

G. Berger (1988). "Politics and Mobilization in Japan, 1931-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 106). Cambridge: Cambridge University Press.

En este contexto, las sociedades secretas de extrema derecha empezaron a cobrar una presencia preocupante: su mensaje desprendía el mismo aroma que el lanzado desde las instituciones oficiales pero tenía un halo de pureza del que aquellas carecían. Pronto ganarían adeptos tanto en el Ejército como en la sociedad civil, individuos angustiados que aspiraban a ser los nuevos *shishi*, a sacrificarse en aras de los altos principios. Y el sistema de partidos, discordante y ensuciado por una pátina de corrupción, pasó a ser uno de sus objetivos.

Los acontecimientos empezaron a precipitarse cuando el Gobierno siguió con su premisa de mantener una política de entente con los aliados anglo-estadounidenses y firmó el Tratado de Londres, una revisión de los acuerdos suscritos en Washington unos años atrás. La conferencia naval de 1930 establecía una proporción de tres a cinco para cruceros pesados y de siete a diez en cuanto a los ligeros. La cúpula castrense mostró su disconformidad vehementemente y los ultranacionalistas empezaron a actuar atentando contra el primer ministro Hamagachi en noviembre de 1930. En marzo y octubre de 1931 se frustraron ambos golpes militares y, entretanto, los mandos del Kwantung esperaban su oportunidad. Convencidos de la debilidad del ejecutivo y de la amenaza que suponían chinos y soviéticos, en septiembre ordenaron a sus hombres que dinamitaran la vía férrea en Mukden y, tras lanzar falsas acusaciones, utilizaron el incidente para justificar la expansión por Manchuria. La clase política temporizó otra vez y trató solo de minimizar el radio de acción de las operaciones. Su opción estaba abocada al fracaso, puesto que el terrorismo y las arbitrarias acciones de los militares,

"[...] eran una expresión extrema de la amplia insatisfacción pública con la influencia de los partidos. Pese a que ambas formas de desafío al orden establecido fueron censuradas públicamente, sus autores fueron elogiados, igualmente, por su profunda aunque mal encaminada devoción por los intereses de la nación."

G. Berger (1988). "Politics and Mobilization in Japan, 1931-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 107). Cambridge: Cambridge University Press.

En 1932 toda Manchuria estaba en manos japonesas y el ejército se aprestaba a establecer un Estado títere, Manchukuo, con el último emperador Qing al frente. Pero el radicalismo derechista seguía empujando a un cambio en la situación interna, asesinando a altos cargos, a miembros eminentes del mundo de los negocios e incluso el primer ministro Inukai. En mayo de 1932 la era partidista tocaba a su fin en un clima de estado de emergencia.

4.2. Nacionalismo y estatalismo militar

Durante los cinco años siguientes el clima de exacerbación nacionalista continuó e influyó directa o indirectamente en las decisiones tomadas por los distintos gobiernos (tabla 18). La inestabilidad política siguió siendo importante aunque la situación económica mejoró.

Tabla 18. Primeros ministros, 1932-1945

Periodo	Nombre
1932-1934	Saitô Makoto
1934-1935	Okada Keisuke
1935-1937	Hirota Kôki
1937(feb-jun)	Hayashi Senjûrô
1939-1939	Konoe Fumimaro

Periodo	Nombre
1939 (ene-ago)	Hiranuma Kiichirō
1939-1940	Abe Nobuyuki
1940 (ene-jul)	Yonai Mitsumasa
1940-1941	Konoe Fumimaro
1941-1944	Tōjō Hideki
1944-1945	Koiso Kuniaki
1945 (abr-ago)	Suzuki Kantarō

Hasta el estallido de la guerra en China en 1937, jóvenes oficiales, procedentes en su mayoría del mundo rural, anhelantes de purificar la nación, pusieron en jaque a la elite política en más de una ocasión. En febrero de 1936 el mismo emperador tuvo que intervenir para calmar la situación en el denominado "incidente del 26 de febrero", un intento de golpe militar que paralizó al país durante cuatro inciertas jornadas. En palabras de McClain:

"El Incidente del 26 de Febrero serenó a la nación por varias vías; después de 1936 no volvió a cuestionarse la autoridad del estado de un modo violento. La sociedad civil dio la espalda al terrorismo político [...] y dentro del estamento militar [...] generales menos ideologizados y más cautelosos pasaron a primer plano."

J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 439-440). Nueva York: Norton.

Pero, aunque los fanáticos no se apercibieran de ello, los equilibrios entre la clase dirigente habían cambiado y la coordinación era ahora ejercida por funcionarios reformistas partidarios de una mayor intervención del Estado en la economía y facciones del estamento militar preocupadas por la posibilidad de desencadenamiento de una guerra total². Aprovechando el clima de desconcierto de 1932, ambos grupos habían empezado a ocupar puntos clave, aunque sin llegar a consolidar una posición monolítica. Sus políticas, complementarias, efectivas y cada vez más dirigistas, permiten calificar a esta etapa como estatista autoritaria, aunque ello no implicó, en modo alguno, la desaparición de la distribución pluralista del poder que había caracterizado la vida política desde 1890.

La inoperatividad de las medidas para afrontar la Depresión de 1929 irritaba a un círculo de la burocracia partidario de emprender reformas que aumentasen la cohesión social. Nutridos por las teorías alemanas sobre la racionalización industrial, sus miembros empezaron a formular planes para conseguir economías de escala y mejorar la productividad, planes que implicaban una mayor concentración industrial en forma de cárteles y *trusts* bajo la fiscalización del Gobierno. El primer avance en ese sentido tuvo lugar ya en 1931, con la Ley de

⁽²⁾Desde el final de la Primera Guerra Mundial los estados mayores de las principales potencias sabían que un futuro eventual conflicto entre ellas requeriría focalizar todos los recursos de los respectivos países en el esfuerzo de guerra, lo que se llamó "guerra total". Parte de los estrategias japoneses habían empezado a planificar un escenario de este tipo ya en la década de 1920 y la toma de Manchuria formaba parte del diseño hacia una posición autárquica.
Ved:
L. Young (1998). *Japan's Total Empire*. Berkeley: University of California Press.

Control de Industrias Cardinales y el abandono del patrón oro. Tras aliarse con los militares partidarios de robustecer la independencia económica, empezaron a observarse los resultados de lo que el profesor Hugh Patrick valoró como:

"[...] una de las más exitosas combinaciones de política fiscal, monetaria y de aranceles comerciales, en un contexto internacional adverso, que el mundo haya visto nunca."

H. Patrick (1971). "The Economic Muddle of the 1920s". A: J. Morley (ed.). *Dilemmas of Growth in Prewar Japan* (pág. 256). Princeton: Princeton University Press.

El despegue industrial de Manchuria, el aumento de las exportaciones favorecido por la devaluación y el incremento de los gastos del gobierno en los sectores químico, metalúrgico y, por supuesto, armamentístico, beneficiaron al conjunto de la economía. Se emitió legislación sobre el petróleo, la producción de todo tipo de vehículos y el acero, por ejemplo. Las industrias estratégicas recibieron bonificaciones y fueron protegidas frente a competidores exteriores, pero la gestión y la propiedad seguían siendo privadas pese a que la Administración se reservaba la supervisión (tabla 19).

Tabla 19. Situación de las principales economías, 1930-1935 (índice de producción de manufacturas)

Año	Japón	Estados Unidos	Reino Unido (GB)	Alemania
1929	100	100	100	100
1930	98,4	80,7	92,3	85,9
1931	91,6	68,1	83,8	67,6
1932	97,8	53,8	83,5	53,3
1933	113,2	63,9	88,2	60,7
1934	128,7	66,4	98,8	79,8
1935	141,8	75,6	105,6	94

Fuente: adaptado de Johnson (1982: 121)

La influencia del pensamiento fascista europeo favoreció, desde 1937, el incremento del dirigismo y la agresividad. Se apuntó la voluntad de crear un modelo político de partido único y establecer un capitalismo de Estado. Los esfuerzos en ese sentido dirigidos por el gobierno de Konoe Fumimaro culminarían en 1940 con la promulgación de la llamada nueva estructura económica, la disolución de los partidos y su integración en la Asociación para la Asistencia al Gobierno Imperial. Pero la oligarquía política y económica no cedería fácilmente su brazo a torcer. Como señala Berger:

"[...] el gran faccionalismo existente dentro de la élite burocrática y militar impedía que cualquier individualidad o bandera lograra establecer una dictadura o un control político análogo al conseguido en tiempo de guerra por los regímenes coetáneos de Alemania, Italia y la URSS. Las fuerzas conservadoras en el parlamento, el mundo de los negocios, la burocracia, el ala derecha y las elites tradicionales en el campo limaron todos los intentos reformistas de reorganizar el estado, realzar su poder y establecer un sistema monolítico de control gubernamental sobre las actividades políticas y económicas [...] Si bien la guerra generó extraordinarias presiones sobre el pueblo y las elites en favor de la conformidad con los objetivos del gobierno, ello no permitió la reconstrucción del orden político en la línea totalitaria abogada por los reformistas [...] Pese a la apariencia de unidad nacional la competición política entre las elites siguió siendo intensa, tanto entre las distintas facciones como en el interior de cada una, y el marco político Meiji impidió que los conflictos desbordasen los márgenes que permitieran un gobierno estable."

G. Berger (1988). "Politics and Mobilization in Japan, 1931-1945". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 106 y 152). Cambridge: Cambridge University Press.

4.3. El estallido de Asia oriental

La sacudida que la alianza de burócratas y militares había dado a los contrapesos entre las elites a principios de la década de 1930 puso en marcha de nuevo al país. Pero el rumbo tomado, mezcla de frustración imperial, debilidad en los liderazgos y atmósfera ultranacionalista, era extremadamente peligroso: quizás el trozo de tarta que pretendían engullir era demasiado grande. Tras un nuevo incidente en Shanghai, ante la censura internacional, Japón abandonaba en 1933 la Sociedad de Naciones. Al alejarse del sistema de tratados con los anglo-estadounidenses las necesidades de la estructura militar se hacían formidables. Debía encarar tres retos: mantener a la URSS en las fronteras de Manchuria, consolidar sus posiciones frente al Gobierno chino y garantizar la seguridad de las islas frente a la flota estadounidense.

La voluntad autoproclamada de convertirse en el paladín de la paz en Asia implicaba, pues, prepararse para un escenario bélico insalvable. La diplomacia nipona trató de compensarlo estableciendo un nuevo sistema de alianzas con los fascismos europeos (el Pacto Anti-Komintern en 1936 y el Acuerdo Tripartito en 1940), pese a que estuvieron siempre presididos por la desconfianza, y buscó aproximarse a los soviéticos tras graves incidentes en las fronteras de Manchukuo en 1938 y 1939 (Pacto de No Agresión de 1941). Y es que desde 1937 sabía que el enemigo que debía batir era el eje anglo-estadounidense, que no pensaba renunciar a sus intereses en China y el resto de la región.

4.3.1. China, 1937: se inicia el conflicto

Desde 1932, la principal preocupación del Estado Mayor japonés era la integración de Manchuria en el complejo industrial japonés, para lo que era necesario evitar que se iniciase una conflagración bélica con China antes de tiempo (tablas 20 y 21). El incidente de Xi'an en 1936 era un mal presagio, lo que menos interesaba era un frente unido de nacionalistas y comunistas en un momento en el que desde Tokio se barajaba la posibilidad de un enfrentamiento inminente con la URSS. Así que, cuando en julio de 1937 se produjo una pequeña escaramuza en el puente de Marco Polo, en las afueras de Beijing, el ejército japonés trató de buscar una solución que restase importancia al asun-

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

A. Coox (1988). "The Pacific War". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 315-384). Cambridge: Cambridge University Press.

J. W. Dower (1986). *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*. Nueva York: Pantheon.

to. Sin embargo, la escalada no pudo detenerse y Chiang Kai-shek despidió cuatro divisiones hacia el norte y Konoe aceptó, mal aconsejado, el envite, por lo que descartó la mediación diplomática. Se iniciaba así un largo conflicto de ocho años, el inicio de la Segunda Guerra Mundial en Asia.

Tabla 20. Evolución de la potencia del ejército de Kwantung, 1930-1939

Año	Infantería	Aviones	Tanques
1930	10.000	–	–
1932	94.100	100	50
1934	144.100	130	120
1936	194.100	230	150
1938	220.000	340	170
1939	270.000	560	200

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 421). Nueva York: Norton.

Tabla 21. Gasto en armamentos del Gobierno japonés, 1928-1936 (en % del presupuesto del estado)

Año	% del presupuesto
1928	29,4
1930	41,7
1932	39,1
1934	48,3
1936	52,0

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 432). Nueva York: Norton.

El discurso ultranacionalista se había impuesto a la prudencia estratégica. La voluntad de crear un nuevo orden en Asia pasaba por controlar al nacionalismo chino y los más arrojados aconsejaban aniquilar al régimen de Chiang. En los meses siguientes las tropas japonesas tomaron Nanjing, Hankou y Guangzhou (Guangzhou) pese a la enconada resistencia china. La primera de ellas fue objeto de un brutal pillaje. Tras entrar en Mongolia Interior y las provincias del norte, en 1940 se estableció en la antigua capital del Kuomintang un gobierno colaboracionista. Las expectativas de una victoria fácil habían desaparecido y las tensiones en el ámbito internacional, multiplicado. Pese a las barbaridades cometidas se insistía en el mensaje panasiático: Occidente significaba individualismo, materialismo y egoísmo. Japón, en cambio, significaba comunitarismo, lealtad, solidaridad, valores familiares del sustrato cultural de la región. En invierno de 1941 podía leerse en la prensa de Tokio:

"Las razas del Este de Asia van a establecer una esfera de unidad cultural, como la que los europeos crearon desde los tiempos medievales. El primer paso [...] será liberar al Este de Asia de las influencias de los pueblos occidentales."

Citado por: B. Shillony (1981). *Politics and culture in Wartime Japan* (pág. 143). Oxford: Clarendon Press.

O, de un modo más poético:

"Pujamos por la rectitud, por la vida
Mientras su único objetivo son las ganancias
Defendemos la justicia
Y ellos atacan por los beneficios
Levantán sus cabezas con arrogancia
Cuando construimos la Gran Familia del Este de Asia."

Citado por: B. Shillony (1981). *Politics and culture in Wartime Japan* (pág. 142). Oxford: Clarendon Press.

Pese a la bondad retórica pocos dudaban de que el mensaje "Asia para los asiáticos" significaba en realidad "Asia para Japón". Con el conflicto chino en marcha parecía avicinarse la peor de las pesadillas de los teóricos militares, por lo que no se escatimaron esfuerzos para conseguir un acuerdo de no agresión con la URSS, puesto que la posición de los anglo-estadounidenses parecía mucho más decidida: ambos alimentaban desde Birmania la resistencia china y los Estados Unidos se había lanzado a un ambicioso programa naval. Se hacía imprescindible controlar el petróleo de las Indias Orientales Holandesas para poder responder ante tal amenaza. La evolución del conflicto europeo desde 1939, favorable al eje nazi-fascista, cebó sus expectativas, ya que los británicos se hallaban al borde de la extenuación, franceses y holandeses estaban derrotados y ocupados y los rusos, desde junio de 1941, invadidos. En julio de ese mismo año se lanzaba una gran ofensiva con el objetivo de controlar el sudeste asiático, empezando por Indochina: la riqueza de sus recursos y el fin del aprovisionamiento a China eran el premio que se pretendía conseguir. Los estadounidenses, que habían respondido con la prohibición del comercio de chatarra en el Acuerdo Tripartito de 1940 con Alemania e Italia, esta vez embargaron el petróleo y congelaron los activos japoneses en los Estados Unidos. Konoe dimitió y fue sustituido por el general Tojo Hideki. La vía diplomática quedó en punto muerto y el mando de la armada japonesa pujó para forzar una solución de fuerza que permitiera debilitar al oponente antes de que fuera demasiado poderoso. Cuando apenas faltaba un mes para el ataque a Pearl Harbor el presidente del Consejo Privado informaba al emperador:

"Tanto desde el punto de vista de nuestra situación política doméstica como del de nuestra auto-preservación, es imposible que podamos aceptar las demandas estadounidenses. Por otra parte no podemos dejar que la situación actual continúe. Si perdemos la oportunidad de entrar en guerra ahora habremos de someternos a los dictados de los americanos. Así pues, es inevitable que tengamos que decantarnos por el inicio de la conflagración con los EUA. Pongo toda la confianza en lo que me han dicho: las cosas irán bien durante la primera parte del conflicto y, pese a que experimentaremos crecientes dificultades, hay algunas posibilidades de éxito."

Citado por: M. Jansen (2000). *The Making of Modern Japan* (pág. 640). Harvard: Harvard University Press.

4.3.2. La guerra del Pacífico, 1941-1945

El 7 de diciembre de 1941 la armada japonesa lanzaba un ataque sin previo aviso sobre la base naval estadounidense de Pearl Harbor. Pese a que el ataque fue considerado un éxito, los barcos capitales de la flota del Pacífico, los portaaviones, quedaron intactos. En los meses siguientes las fuerzas niponas conquistaban las Filipinas, Singapur, las Indias Orientales Holandesas y Birmania, lo que cortó los suministros al nacionalismo chino. Las plazas tomadas se fortificaron al extremo que los intentos de reconquista costasen un cantidad de recursos humanos y materiales tal que la "blanda y débil" democracia americana se disuadiera de un conflicto largo y pudiera llegarse a un acuerdo negociado. Las poblaciones oriundas habían recibido en muchos casos a los nipones como libertadores pero, tras los primeros meses de ocupación, el sueño de la "gran esfera de coprosperidad" se diluyó rápidamente.

Aun así, no hay que menospreciar esta rápida expansión militar. El 21 de diciembre de 1942, varios políticos colaboracionistas procedentes de todo el continente asiático se reunieron en Toquio para celebrar el fin de los imperios occidentales y el inicio de una nueva era asiática dominada por Japón. De hecho, las tropas japonesas acabaron fulminantemente con los imperios europeos que durante tanto tiempo llevaban colonizando los territorios asiáticos. Particularmente vergonzosas fueron las derrotas británicas en Hong Kong y Singapur, donde prácticamente se rindieron o huyeron sin ofrecerles resistencia. Y a pesar de que hubo una resistencia local, básicamente formada por guerrilleros comunistas y nacionalistas, una parte importante de la sociedad asiática se ilusionó pensando que con los japoneses se acabaría definitivamente la era del colonialismo europeo. Por lo tanto, a pesar de que la expansión japonesa fuera de la China fue tan rápida como corta, significó un cambio radical respecto de la situación anterior.

Tras esta primera gran oleada de avance, los estadounidenses reaccionaron y en las batallas del mar del Coral y de Midway, en la primavera de 1942, infligieron grandes pérdidas a la flota japonesa. A partir de ese momento la iniciativa quedaba en sus manos, como quedó demostrado unos meses después en la sangrienta batalla de Guadalcanal (1943). Para eludir los costes de un conflicto prolongado, el mando estadounidense diseñó una estrategia de bloqueo económico mediante los submarinos y la conquista a saltos: sólo se atacarían aquellas islas que permitieran conseguir una ventaja estratégica, es decir, acercar a los bombarderos a Japón desde bases terrestres. Tras una dura campaña, en julio de 1944 conseguían su objetivo al tomar Saipan. Tojo dimitió y las bombas aliadas empezaron a caer con regularidad sobre suelo japonés. El Gobierno era consciente de la imposibilidad de la victoria, pero había que buscar una derrota en términos aceptables y mentalizar a una nación a la que sólo se había hablado de victoria o muerte y a la que se había exigido un sacrificio tras otro: en 1943 el esfuerzo de guerra sobrepasaba el 40 % del PIB y en 1944 alcanzaba el 50 %.

Bibliografía

Christopher A. Bayly
(2004). *Forgotten armies. The fall of British Asia, 1841-1945*.
Londres: Allen Lane.

Tras las terroríficas incursiones con bombas incendiarias contra las principales ciudades japonesas del invierno-primavera de 1945 la necesidad de rendición se hizo acuciante pero los generales del Ejército de tierra, que no habían sido derrotados en ninguna gran batalla, insistieron en buscar al menos una victoria para obtener unas condiciones de paz honorables. Los mensajes anglo-estadounidenses sobre capitulación incondicional no ponían tampoco las cosas fáciles. Las últimas batallas en el Pacífico fueron terribles: los americanos entraron por el norte de Manila y el 3 de febrero ocuparon la Universidad de Santo Tomás. Los japoneses, parapetados en el sur no vieron escapatoria y todos los civiles que quedaron en la zona no liberada por los americanos sufrieron los bombardeos de MacArthur, las matanzas indiscriminadas del ejército japonés y finalmente el incendio que se produjo en la ciudad como consecuencia de las dos cosas. En abril de 1945 se inició una feroz y desesperada batalla por Okinawa, que resultaría ser la más mortífera del conflicto.

"Se dio un nuevo énfasis al uso de unidades de ataque especiales (Tokko), fuerzas aéreas suicidas que actuaron por primera vez durante la campaña de las Filipinas y eran conocidas como kamikaze [...] Hubo más de 107.000 japoneses muertos; de 24.000 a 28.000 quedaron atrapados en cuevas, mientras que los prisioneros sumaron unos 11.000, incluyendo nativos de Okinawa. De hecho, el gran número de pérdidas sugiere que quizás unos 42.000 civiles cayeron durante los combates. Las fuerzas terrestres y navales estadounidenses sufrieron 49.000 bajas, la cifra más alta de toda la Guerra del Pacífico [...] El alto mando japonés hizo esfuerzos desesperados para ayudar a la guarnición de Okinawa. Los ataques Kamikaze fueron espectaculares y masivos [...]"

A. Coox (1988). "The Pacific War". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, págs. 366-7). Cambridge: Cambridge University Press.

El 8 de mayo terminaba la guerra en Europa y en junio Truman, que había sustituido a Roosevelt en la presidencia de los Estados Unidos tras el repentino fallecimiento de éste, recibía los planes de la Operación Olympic, que preveía el asalto a Kyushu. Durante la celebración de la Conferencia de Postdam, a mediados de julio, supo de la disponibilidad del arma atómica y exigió una vez más el sometimiento incondicional, lo que avanzaba sus objetivos de castigar a los criminales de guerra y convertir a Japón en una democracia al amenazar con la destrucción absoluta de las islas.

Tras rechazar la rendición, el 6 de agosto los estadounidenses lanzaron una primera bomba atómica sobre Hiroshima y, tres días después, una segunda sobre Nagasaki, que causaron más de 120.000 muertos en el primer momento y decenas de miles más por los efectos de la radiación los meses siguientes. El 8 de agosto la URSS entró en Manchuria después de que Stalin prometiera a Estados Unidos que entraría en guerra con Japón, en la conferencia de Yalta, una vez acabada la guerra europea. Finalmente, sin que los estadounidenses aceptasen de modo explícito mantener la institución imperial, el 14 de agosto de 1945 se acordó el armisticio y el 15, en una histórica emisión radiofónica, el emperador conminaba a su pueblo a soportar lo insoportable y a aceptar la derrota con dignidad.

"Algunos de los anonadados oyentes recordaban ese mediodía de agosto como un instante de 'renacimiento'. Para ellos la rendición fue el momento en el que las experiencias y los valores del pasado quedaron deslegitimados. Decidieron trazar un rumbo totalmente nuevo ya en lo personal ya como comunidad nacional ya en ambos terrenos. Otros, en lucha para encontrar comida y cobijo en las ciudades en ruinas, cayeron en un letargo lleno de desespero e inercia. Aquellos en posiciones de poder resolvieron, por lo general, defender el mundo que conocían [...] Unos pocos encontraron la perspectiva de la derrota insoportable. Cerca de 350 militares se suicidaron en las horas subsiguientes al anuncio. Pero si tenemos en cuenta el histerismo de las llamadas del estamento castrense a librar una batalla hasta la muerte en defensa del estado, no se trata de una proporción significativa de los más de seis millones de hombres en armas que había al final de la guerra. La mayoría de civiles y militares respondieron con pasividad o pragmatismo, sin demasiadas manifestaciones dramáticas."

A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 226-7). Oxford: Oxford University Press.

La Guerra del Pacífico



Fuente: Peter N. Stearns (General Ed.) (2001). *The Encyclopedia of World History*. Sixth Edition (pág. 790). Nueva York: Houghton Mifflin Company.

La rendición formal tuvo lugar en Tokio el 2 de septiembre, a bordo de acorazado *Missouri*. Con la excepción de Kyoto, las grandes ciudades estaban en ruinas y su capacidad industrial destrozada. El bloqueo submarino³ había demostrado ser un enemigo temible que había privado a Japón de los recursos de las zonas conquistadas y ahogado su economía. Los despiadados bombardeos sobre una población civil ya desnutrida y enfermiza, indefensa tras las progresivas derrotas de la armada y la aviación –sólo en Tokio murieron la noche del 4 al 5 de marzo más de cien mil personas– minaron de modo implacable la moral de victoria e hicieron que la primera ocupación por fuerzas enemigas de suelo nipón se acogiera con una ambigua mezcla de angustia y alivio (tablas 22 y 23).

⁽³⁾Los aliados hundieron más de 1.850 barcos mercantes (Nakamura, 1988, pág. 486). Se calcula que fallecieron 31.000 marinos, aproximadamente el 43% de la flota (Coox, 1988, pág. 377).

Tabla 22. Pérdidas humanas por la guerra (aproximadas)

Tipo	Muertos	Heridos	Desaparecidos
Militares	1.560.000	304.000	240.000
Civiles	650.000	625.000	24.000

Fuente: adaptado de A. Coox (1988). "The Pacific War". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 377). Cambridge: Cambridge University Press.

Tabla 23. Pérdidas de la armada y la aviación

Tipo	Número de destruidos
Acorazados	4 de 8
Portaaviones	13 de 19
Cruceros	25 de 36
Destruyores	92 de 133
Submarinos	72 de 131
Aviones	54.000*

*Aproximados

Fuente: adaptado de A. Coox (1988). "The Pacific War". A: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 377). Cambridge: Cambridge University Press.

Setenta años de sacrificios habían quedado reducidos a escombros en pos del sueño imperial, en un conflicto atroz que dejó profundos traumas en el pueblo japonés. La dureza con la que los dos últimos años la guerra había golpeado a las islas y el cruel trato que los soviéticos dieron a los prisioneros tras ocupar Manchuria actuaron durante mucho tiempo como una losa que impediría aceptar las brutalidades sin fin cometidas en China, la permanente represión en Corea, la hambruna provocada en Vietnam, el feroz trato dispensado a los prisioneros británicos y estadounidenses o las miles de muchachas coreanas obligadas a trabajar como esclavas sexuales.

Bibliografía

a) Obras generales

- Bailey, Paul** (2002). *China en el siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Gordon, A.** (2003). *A Modern History of Japan*. Oxford: Oxford University Press.
- Hane, M.; Pérez, L.** (2009). *Modern Japan. A historical Survey*. Boulder: Westview Press.
- Hsu, Emmanuel** (2000). *The Rise of Modern China*. Oxford: Oxford University Press.
- Jansen, M.** (2000). *The Making of Modern Japan*. Harvard: Harvard University Press.
- McClain, J. L.** (2002). *Japan: A Modern History*. Nueva York: Norton.
- Pyle, K.** (1996). *The Making of Modern Japan*. Lexington: Heath.
- Roberts, J. A. G.** (1998). *Modern China: An Illustrated History*. Phoenix Mill: Sutton.
- Spence, Jonathan** (1991). *The Search For Modern China*. Nueva York: Norton.
- Stearns, Peter N.** (General Ed.) (2001), *The Encyclopedia of World History*, Sixth Edition (pág. 790). Nueva York: Houghton Mifflin Company.
- Totman, C.** (2005). *A History of Japan*. Oxford: Blackwell.

b) Bibliografía específica

- Beasley, W. G.** (1991). *Japanese Imperialism, 1894-1945*. Oxford: Clarendon Press.
- Berger, G.** (1988). "Politics and Mobilization in Japan, 1931-1945". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 97-153). Cambridge: Cambridge University Press.
- Bergère, Marie-Claire** (1989). *The Golden Age of Chinese Burgeoise, 1911-1937*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bianco, L.** (1999). *Los orígenes de la revolución china*. Barcelona: Bellaterra.
- Bix, H. B.** (2001). *Hirohito and the Making of Modern Japan*. Nueva York: Harper Collins.
- Coble, P.** (1991). *Facing Japan: Chinese Politics and Chiense Imperialism, 1931-1937*. Cambridge: Harvard University.
- Coos, A.** (1988). "The Pacific War". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 315-384). Cambridge: Cambridge University Press.
- Crawcour, E. S.** (1988). "Industrialization and Technological Change". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 445-550). Nueva York: Cambridge University Press.
- Dirlik, A.** (1989). *The origins of Chinese Comunism*. Oxford: Oxford University Press.
- Dower, J. W.** (1986). *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*. Nueva York: Pantheon.
- Duus, P.; Schemer, I.** (1988). "Socialism, Liberalism, and Marxism, 1901-1931". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 674-710). Cambridge: Cambridge University Press.
- Duus, P.** (1984). "Economic Dimensions of Meiji Imperialism: the Case of Korea, 1895-1910". En: R. Myers; M. Peattie (ed.). *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945* (pág. 128-135). Princeton: Princeton University Press.
- Eastman, Lloyd E.** (1974). *The Abortive Revolution: China Under Nationalist Rule, 1927-1937*. Cambridge: Harvard University Press.
- Eastman, Lloyd E.** (1980). "Facets of an Ambivalent Relationship: Smuggling, Puppets, and Atrocities during the War, 1937-1945". En: Akira Iriye (ed.). *The Chinese and the Japanese: Essays in Political and Cultural Interactions* (pág. 275-303). Princeton: Princeton University Press.

- Fenby, Jonathan** (2004). *Chiang Kai-shek. China's Generalissimo and the Nation He Lost*. Nueva York: Carroll & Graf.
- Fincher, J.** (1981). *Chinese Democracy: The Self-Government Movement in Local, Provincial and National Politics, 1905-1914*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Garon, S.** (1987). *The State and Labor in Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Gordon, A.** (1985). *The Evolution of Labor Relations in Japan: Heavy Industry, 1853-1955*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gordon, A.** (1991). *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Hackett, R.** (1971). *Yamagata Aritomo in the Rise of Modern Japan, 1838-1922*. Cambridge: Harvard University Press.
- Harrison, J.** (1972). *The Long March to Power: A History of the Chinese Communist Party, 1921-1972*. Nueva York: Praeger.
- Hata, I.** (1988). "Continental expansion, 1905-1941". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 271-314). Cambridge: Cambridge University Press.
- Kinzley, D.** (1991). *Industrial Harmony in Modern Japan: The Invention of a Tradition*. Nueva York: Routledge.
- Lewis, M.** (1990). *Rioters and Citizens: Mass Protest in Imperial Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Lu Xun** (2007). *Diari d'un boig i altres relats*. Barcelona: Edicions de 1984.
- McCord, E.** (1993). *The Power of the Gun: The Emergence of Modern Chinese Warlordism*. Berkeley: University of California Press.
- Mitani, T.** (1988). "The Establishment of Party Cabinets, 1898-1932". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 55-94). Cambridge: Cambridge University Press.
- Myers, R.; Peattie, M.** (ed.) (1984). *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*. Princeton: Princeton University Press.
- Nakamura, T.** (1988). "Depression, recovery, and war, 1920-1945". En: P. Duus (ed.) *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 451-493). Cambridge: Cambridge University Press.
- Neu, C. E.** (1975). *The Troubled Encounter: The United States and Japan*. Nueva York: Wiley.
- Patrick, H.** (1971). "The Economic Muddle of the 1920s". En: J. Morley (ed.). *Dilemmas of Growth in Prewar Japan* (pág. 243-270). Princeton: Princeton University Press.
- Peattie, M.** (1988). "The Japanese colonial empire, 1895-1945". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 217-270). Nueva York: Cambridge University Press.
- Rummer, Rudolph J.** (1991). *China's Bloody Century. Genocide and Mass Murder from 1900*. New Brunswick: Transaction Publications.
- Schwarcz, V.** (1986). *The Chinese Enlightenment: Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*. Berkeley: University of California Press.
- Shaffer, L.** (1982). *Mao and the Workers: The Human Labor Movement, 1920-1923*. Nueva York: M. E. Sharpe.
- Sheridan, J.** (1983). "The Warlord Era: Politics and Militarism under the Peking Government. 1916-1928". En: Fairbank (ed.). *The Cambridge History of China. The Republican Era, 1912-1949* (vol. 12). Cambridge: Cambridge University Press.
- Shillony, B.** (1981). *Politics and culture in Wartime Japan*. Oxford: Clarendon Press.
- Short** (2003). *Mao*. Barcelona: Crítica.

- Sievers, S.** (1983). *Flowers in Salt: Beginnings of Feminist Consciousness in Modern Japan*. Stanford: Stanford University Press.
- Sims, R.** (2001). *Japanese Political History since de the Meiji Renovation, 1868-2000*. Nueva York: Palgrave.
- Smethurst, R. J.** (1986). *Agricultural development and tenancy disputes in Japan, 1870-1940*. Princeton: Princeton University Press.
- Smith, T.** (1988). *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920*. Berkeley: University of California Press.
- Spence, J.** (1981). *The Gate of Heavenly Peace: the Chinese and their Revolution, 1895-1980*. Londres: Faber and Faber.
- Spence, J.** (ed.) (1999). *The Search for Modern China. A Documentary Collection*. Nueva York: Norton.
- Spence, Jonathan** (1999). *Mao Zedong*. Nueva York: Victor Penguin.
- Storry, R.** (1979). *Japan and the Decline of the West in Asia, 1894-1943*. Londres: Macmillan.
- Tamura, E. y otros** (1998). *China. Understanding its past* (pág. 173). Honolulu. University of Hawai Press.
- Tsurumi, E. P.** (1990). *Factory Girls: Woman in the Thread Mills of Meiji Japan*. Princeton: Princeton University Press.
- Vlastos, S.** (ed.) (1998). *Mirror of Modernity: Invented Traditions in Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Wakeman, Frederik** (1995). *Policing Shanghai, 1927-1937*. Berkeley: University of California Press.
- Waswo, A.** (1988). "The Transformation of Rural Society, 1900-1950". En: P. Duus (ed.). *The Cambridge History of Japan. The Twentieth Century* (vol. 6, pág. 541-605). Cambridge: Cambridge University Press.
- Young, E.** (1977). *The Presidency of Yuan Shih-k'ai: Liberalism and Dictatorship in Early Republican China*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Young, L.** (1998). *Japan's Total Empire*. Berkeley: University of California Press.
- Yu, G.** (1966). *Party Politics in Republican China: The Kuomintang, 1912-1924*. Berkeley: University of California Press.

